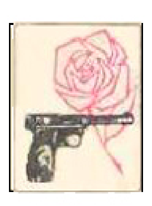




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El tigre y la mariposa

Es muy difícil domesticar a un tigre. Pero puede ser, que si capturas a una bella mariposa, el tigre se deje poner la correa. Sólo puede ser. Porque también es posible que la mariposa se convierta en una tigresa sin que tú lo notes.



Lou Carrigan

El tigre y la mariposa

Brigitte en acción - 198

Archivo Secreto - 217

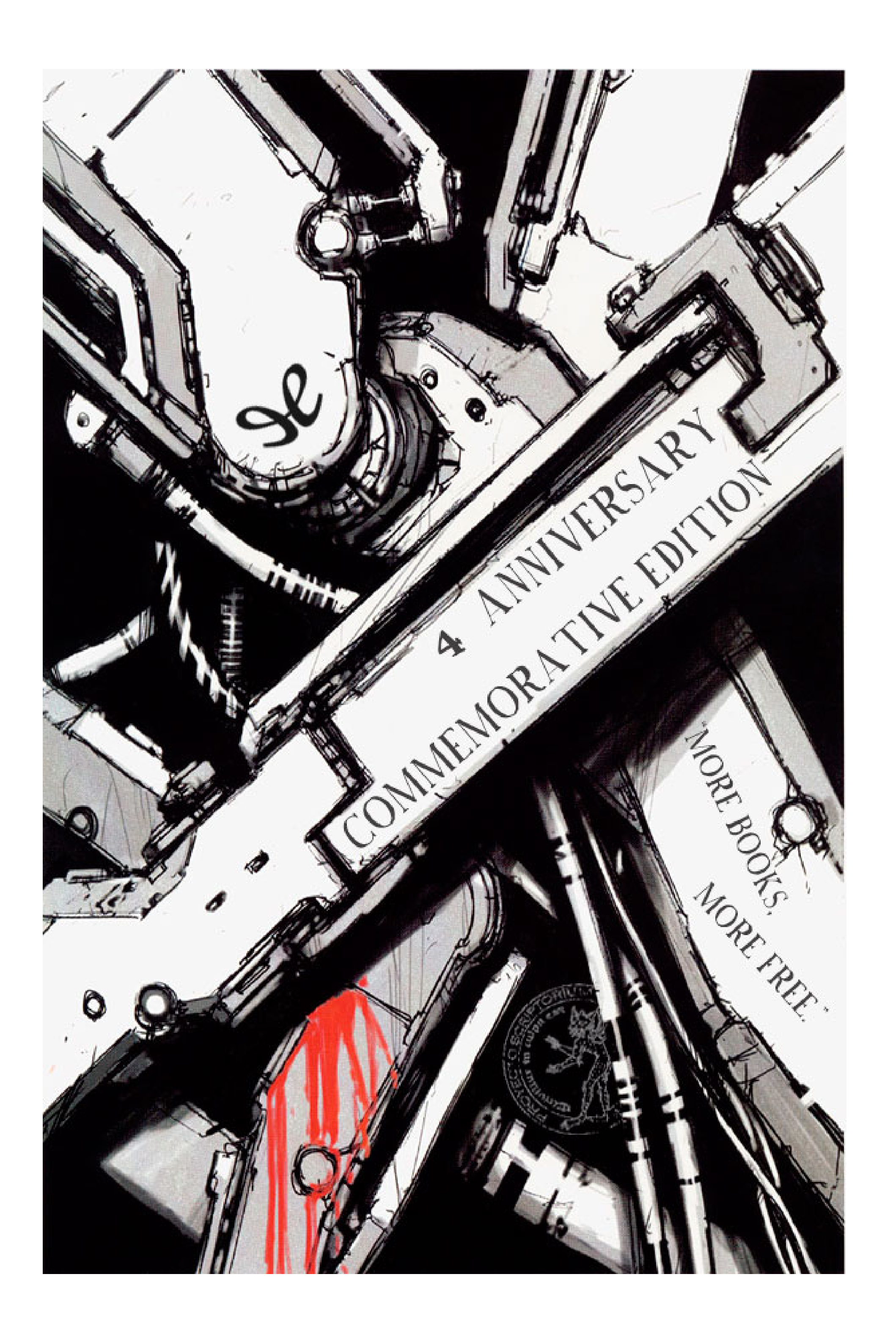
ePub r1.1

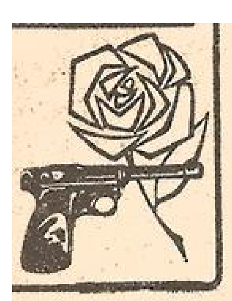
Titivillus 01.06.2017

Lou Carrigan, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




4 ANNIVERSARY
COMMEMORATIVE EDITION
"MORE BOOKS,
MORE FREE."



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio
Miel y vinagre

Brigitte Montfort desvió la mirada hacia la puerta del cuarto de baño al oír las suaves pisadas. Número Uno apareció, mirando hacia todos lados, desconcertado.

—¿Has visto mi bata? —preguntó—. Me he quedado completamente desnudo, y al ir a recogerla de su sitio, no la he encontrado…

—Estás mejor así —dijo ella, frotándose suavemente con el fragante gel que cubría su cuerpo sumergido en la bañera—. Y precisamente, estaba pensando que tu compañía sería muy agradable en la bañera.

—Ya me he bañado —dijo Uno.

—Pues yo lo estoy haciendo —refunfuñó ella—. Y ya que estás desnudo, no creo que te costase demasiado trabajo meterte en la bañera y frotarme la espalda.

Angelo Tomasini, Número Uno, miró con el ceño fruncido a la divina espía, de la que sólo veía la cabeza y los bracitos cubiertos de espuma. Se acercó, se metió en la bañera, y dijo:

—Vamos a ver esa espalda…

Ella se incorporó entonces a medias, dejando al descubierto parte de su espléndido cuerpo salpicado de montoncitos de espuma. Se dio la vuelta y se sentó de nuevo, de espaldas a él, entre sus piernas.

—No seas brusco —susurró—. Con delicadeza, mi amor…

Número Uno tomó un puñado de gel, y comenzó a frotar aquella espalda que parecía de seda y de sol. Pero, poco a poco, sus manos fueron pasando hacia la parte delantera, del torso, hasta llegar a los senos, que encontró frescos y elásticos, turgentes, pujantes…

—Esto no es la espalda —susurró Brigitte, volviendo como pudo

el rostro hacia él.

Y en el acto, su boca quedó aprisionada por la de Número Uno, cuyas manos reanudaron las caricias, suavizadas por la espuma. Entre el beso en tan insólita posición, y las caricias, Brigitte sintió que todas sus ansias aumentaban. Todo su cuerpo se estremeció. Las manos de él se crisparon un instante. Luego, la ayudó a darse de nuevo la vuelta, y la volvió a besar, llevándosela hacia el fondo de la bañera… Una mano de Brigitte retiró el tapón del desagüe. Luego, sus brazos rodearon el cuello de Uno, y emitió un fuerte suspiró que llegó directamente a los pulmones de él. Instantes más tarde se estremecía, y luego, casi en seguida, comenzó a emprender el dulce y lento, maravilloso viaje del amor, cerrados los ojos, abrazada al hombre qué amaba, emitiendo un suspiro de felicidad que parecía que no fuese a tener fin…

Minutos más tarde, regresó de aquel paraíso privado al que él podía llevarla con tanta facilidad. Abrió los ojos, suspiró de nuevo, lo besó largamente en los labios, siempre abrazada a él, y dijo:

—Será mejor que nos duchemos, para quitarnos el jabón.

—No me ducharé hasta que encuentre mi bata.

—¡Oh, tu bata…! Yo la escondí.

—¿La escondiste? ¿Dónde y por qué?

—¡Qué tonto eres, mi amor! —rió ella, dulcemente—. ¿Dónde había de esconderla? Aquí, en el cuarto de baño, para que vinieses… a buscarla. Pero no te diré dónde está… hasta que regresemos… de otro viaje de amor…

—Supongo —musitó el hombre que la amaba más que a su vida— que no voy a tener más remedio que someterme… Me resignaré.

Brigitte rió…, pero también la risa quedó cortada por los labios de Angelo Tomasini, Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos.

* * *

Casi dos horas más tarde, cuando se disponían a tomar el aperitivo en el gran salón con amplia salida directa al jardín, los dos vieron llegar una de las palomas mensajeras de Número Uno. Siguieron su trayectoria en dirección a la jaula donde estaban las demás, y luego Número Uno se puso en pie, tras besar a Brigitte en la barbilla.

—Perdóname un minuto, mi amor.

Ella le sonrió. Número Uno salió de la casa. Regresó dos minutos más tarde… Cuando Brigitte vio su rostro, lo halló impasible, como siempre, pero algo vio en el fondo de los negros ojos del hombre que amaba. Algo que nadie habría podido ver, pero sí ella.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Uno se acercó, y le tendió el papelito con el mensaje que él había retirado de la pata de la paloma. Brigitte lo desdobló, lo leyó rápidamente, y palideció. Su mirada se alzó, desolada, hacia Uno.

—¡Oh, no…! —gimió.

—Lo siento de veras —musitó él.

Brigitte Montfort, alias Baby, la agente especial de lujo de la CIA, volvió a leer el mensaje que había recibido Angelo Tomasini, como si tuviese la esperanza de que esta vez no dijese lo mismo. Pero eran vanas esperanzas, y ella lo sabía… Llevaba unos días allí, había estado gozando del amor, de la miel de la vida… Y ahora, acababa de hacer su aparición el vinagre.

—El mensaje es para ti —musitó—. Pero, mi amor, tú sabes que puesto que me he enterado de esto, no puedo dejar de intervenir… ¡No puedo!

—Esta vez no irás sola —asintió él—: iré a preparar mi coche: para ir al aeropuerto.

Media hora más tarde, ambos abandonaban Villa Tartaruga, la residencia de Número Uno en la isla de Malta.

Sí.

Había llegado el tiempo del vinagre.

Capítulo Primero

Detuvo el coche, paró el motor y apagó todas las luces.

Luego, se quedó mirando hacia la casa mientras encendía un cigarrillo.

Su rostro permanecía inalterable, como si nada de lo que estuviese viendo le importase lo más mínimo. Pero sus ojos, negrísimos, traicionaban esta indiferencia al mostrarse atentos, girando veloces de un lado a otro; o, más bien, como si pudieran abarcarlo todo a la vez.

Aunque parecía que no había gran cosa que ver. Una casa rodeada de jardín en Hatay Caddesi, Esmirna, Turquía. Eso parecía todo. Había luz en la entrada y luego, más al fondo, en la casa. Lo único que se podía pensar era que aquella casa, simplemente, era una más en aquella calle.

Finalmente, tras lo que podía definirse como reflexión por parte del hombre de los ojos negros, éste sacó una pequeña radio de un bolsillo interior, apretó el botón de llamada y, en seguida, oyó la voz femenina:

—¿Sí, mi amor?

—He llegado. Todo parece muy tranquilo, normal… Pero voy a echar un vistazo antes de actuar.

—Avísame antes de tomar una decisión —pidió la voz femenina.

—Lo haré. Hasta ahora.

Cerró la radio, se la guardó y salió del coche, con el cigarrillo colgando entre los labios, que parecían un seco corte en una roca. Dejó el coche sin cerrar y, con las manos en los bolsillos, se encaminó hacia la casa.

Pero no se detuvo ante la entrada, sino que siguió adelante. Segundos después, desaparecía más allá de la casa.

Y cinco minutos más tarde, volvía a aparecer, por otro lado, caminando hacia el coche. Entró en el vehículo, sacó de nuevo la

radio y apretó el botón de llamada.

—Dime, amor —oyó de nuevo la voz femenina.

—Tiene que ser peligroso entrar ahí —dijo el hombre.

—Entonces, déjalo. Podemos…

—No. Lo haré yo, tal como convinimos.

—Pero si es peligroso.

—Es sólo una impresión mía.

—Tus impresiones son siempre exactas.

—Por lo general, sí. Sin embargo, puedo equivocarme.

—No lo creo, Regresa conmigo, y entre los dos estudiaremos el modo de entrar y conseguir lo que queremos.

—Voy a probar yo: solo —rechazó el hombre.

—No, no…

—Puedo equivocarme —insistió él—. En realidad, si digo que puede ser peligroso entrar ahí es porque parece demasiado fácil. Y, a lo mejor, resulta que es fácil de verdad.

—Podría ser así. Pero tienes el mejor olfato del mundo para estas cosas. Lo cual me hace pensar que puede parecer fácil, pero ser dificilísimo: no podemos desdeñar la posibilidad de que sea una trampa.

—Admito eso. Toda la casa y el jardín tienen el aspecto más tranquilo e inofensivo del mundo. Si fuese cierto, no tendría la menor dificultad en llegar a la caja fuerte. Sea lo que fuere lo que ese hombre recibió, debe tenerlo en una caja fuerte… Es el lugar más lógico, vulgar… y adecuado.

—La clase de gente con la que estamos tratando no suele tener descuidos, mi amor —dijo ella, dulcemente.

—Ya lo sé. Pero seguiremos el plan inicial; Voy a entrar yo… Si dentro de quince minutos no te he llamado, es que algo va mal. Entonces, sólo entonces, entrarás tú en acción.

—Yo preferiría…

—Siempre te cedo la preferencia en todo —cortó él, un tanto huraño—. Tú prefieres el vino español, y yo bebo vino español en lugar de vino italiano. Tú prefieres palco en la ópera, y yo butaca de platea, pero vamos a palco. A ti te gusta tomar el sol y escuchar el mar, y yo tomo el sol y escucho el mar… Siempre lo que tú quieras. Esta vez, no: voy a entrar solo en esa casa.

—Lo que tú digas, mi amor.

—Bien. Adiós.

Hubo un segundo de más de silencio antes de que se oyese la voz femenina:

—Hasta dentro de quince minutos. Sé que nada ni nadie podrá impedirte que me llames.

—Y si no te llamo, ten cuidado.

Cerró la radio, la guardó de nuevo y salió del coche. Siguió el mismo camino que antes, desapareciendo más allá de la casa que le interesaba. Poco después, se detenía junto a la tapia, miraba a ambos lados, y se daba un manotazo hacia el sobaco izquierdo. Notó la dureza de la pistola allí enfundada, y alzó la mirada.

La tapia era alta, hasta el punto de que cualquiera debía sentirse desanimado en sus pretensiones de alcanzar el borde. Pero el hombre de ojos negros y rostro pétreo, sencillamente, se limitó a saltar hacia arriba, y una de sus manos, grande, poderosa, quedó asida, como si fuese un garfio. La otra mano subió, se agarró al ancho borde de la tapia con idéntica fuerza, y con facilísima tracción el hombre se encontró sentado en lo alto. Un salto largo, elástico, silencioso, lo llevó al interior de la villa.

Cerca de él había árboles, setos, arbustos… Al fondo se veía la casa, iluminada en su parte frontal. El silencio no podía ser más completo, más tranquilizador.

Como un felino, el hombre comenzó a deslizarse hacia la casa. No hacía el menor ruido, no tenía el menor tropiezo. Su boca estaba cerrada, prieta, como hermética. Siempre fija la mirada en la casa, sacó la pistola y se detuvo.

El silencio era total.

Durante un par de minutos, permaneció inmóvil, escuchando, intentando oír algo. Pero no. Nada.

«No me gusta —pensó—. No es normal. Pero si no lo hago yo, sé que querrá hacerlo ella…».

Siguió caminando hacia la casa. Siempre como un felino… Lento, silencioso, calculando cada paso. Por fin, llegó al límite del arbolado. Desde allí hasta la casa, había unos doce metros.

El pensamiento volvió a vibrar en la mente del hombre:

«Si no lo intento yo, lo intentará ella».

Se adelantó un par de pasos, miró a ambos lados, y echó a correr hacia la casa.

Inmediatamente, una voz de hombre resonó en el jardín. No la pudo entender, pero tampoco hacía falta: le habían visto.

Lo normal, en tales condiciones, habría sido que el intruso diese medía vuelta, para regresar a las frondas del jardín. Pero, haciendo lo normal es como se corre siempre más riesgo, porque eso precisamente, lo normal, es lo que el enemigo espera que se haga.

Así que, en lugar de regresar, el hombre continuó corriendo hacia la casa. Muy cerca de él, por todas partes, comenzaron a oírse voces, gritos, exclamaciones. De algún lugar del jardín brotó una llamarada rojiza, y el hombre que corría hacia la casa pudo oír el chasquido del disparo efectuado con silenciador: plop.

La bala pasó un poco alta, chascando, reventando el aire por encima de su cabeza. El hombre dio un salto inesperado hacia su derecha, rodó por el suelo, se puso en pie como si fuese el más perfecto y sincronizado ensayo gimnástico, y reanudó la carrera hacia la casa, mientras se volvía.

De pronto, se encendieron más luces, llegando hasta los más profundos rincones del jardín. Se oyeron más exclamaciones de aviso, de advertencia respecto a la inesperada reacción del intruso. Éste se volvió, disparó una sola vez, y, en el jardín, se oyó un alarido de dolor. Y en seguida, muy cerca de ese lugar, dos pistolas comenzaron a disparar, siempre con chasquidos de silenciador: plop, plop, plop, plop, plop…

El intruso alzó la cabeza, vio dos de los tres focos que se habían encendido en lo alto de la casa y, sin dejar de correr en ningún momento, apuntó con la pistola hacia arriba, y disparó dos veces, velocísimamente, como sin apuntar, buscando más la fortuna que la real eficacia.

Fantástico. Las dos luces que podía localizar desde allí se apagaron, al saltar los cristales y las lámparas bajo los efectos de las dos balas. Una zona del jardín volvió a quedar en sombras. El intruso cambió la dirección de su marcha hacia allí, como si quisiera protegerse en la oscuridad…

Una voz, en turco, advirtió de los propósitos del hombre que parecía un felino.

Y de nuevo, este hombre hizo lo inesperado: mientras el jardín se llenaba de hombres que corrían pistola en mano hacia la zona oscurecida, él giró hacia su derecha, saltó hacia la puerta de la casa,

se puso a un lado…, y pareció que todo estuviese perfectamente calculado: la puerta se abrió, y dos hombres aparecieron, excitados, pistola en mano, dispuestos a apoyar la búsqueda del intruso en el jardín.

El intruso apareció ante ellos, y los dos recién aparecidos respingaron, intentaron alzar sus pistolas…

El hombre de los ojos negros alzó la pistola.

Plop.

La cabeza de uno de los hombres que salían de la casa reventó como si fuese un tomate en cuyo interior se hubiese hecho estallar un petardo. El otro quedó lívido, imprimió una velocidad desesperada a su movimiento de ataque…, y el intruso alzó su pierna derecha, propinándole un escalofriante punterazo en el bajo vientre; fue como si de pronto, un globo hubiese recibido un pinchazo. El hombre golpeado tan brutalmente se encogió, se dobló hacia delante, cayó de cara, pareció arrugarse, disminuir de volumen…

El intruso pasó por encima de él, entró en la casa…, y en sus negros ojos apareció una chispa de ferocidad al ver a dos hombres más corriendo hacia la puerta. También estos dos hombres le vieron a él… Vieron a un hombre muy alto, muy bronceado, atlético, de ojos negros y cabellos color cobre, vestido completamente de negro, que alzaba la pistola hacia ellos… Plop.

Uno de ellos lanzó un berrido al recibir la bala en el estómago y cayó de cara al brillante suelo. El otro apuntó al intruso, y apretó el gatillo. Estaba seguro de que no podía fallar el disparo. Y, al parecer, en efecto, no lo falló, porque el intruso respingó, se encogió como si acabase de recibir un puñetazo en el estómago, y volvió a disparar.

El segundo defensor de la casa recibió el balazo en el hombro, giró, rodó por el suelo, y quedó tendido de cara a éste. Se puso de rodillas inmediatamente y gritó:

—¡Está en la casa!

Cierto.

El intruso estaba en la casa, pero…, ¿dónde exactamente? Porque había desaparecido de la vista del herido, lanzándose escaleras arriba a una velocidad alucinante… Y ya había desaparecido en lo alto cuando polla puerta entraron varios

hombres, muy abiertos los ojos, mirando a todos lados…

—¡Arriba! —gritó el herido—. ¡Está arriba!

No menos de seis hombres corrieron escaleras arriba, apelotonándose, mientras en alguna parte del exterior se oía una voz que ordenaba vigilar el jardín, estar atentos a la salida del intruso. Salida que, lógicamente, debía intentar, ya que si se quedaba en la casa era hombre muerto.

Pero, de momento, el velocísimo personaje estaba vivo. Había llegado arriba, al pasillo que mostraba varias puertas de dormitorios, y, tras pasar delante de dos de éstas, empujó la tercera y entró.

La luz estaba encendida, y el hombre movió la cabeza velozmente, localizando en seguida la cama. Su pistola apuntó hacia allí y el dedo se crispó en el gatillo.

Pero no disparó.

Se quedó mirando a la mujer que había en la cama, y que, a su vez, lo contemplaba con ojos desorbitados. Ella estaba en camisón, sentada, aterrada ante la presencia de aquel, coloso que parecía capaz de derribar las paredes a puñetazos. El hombre frunció el ceño, bajó la pistola y miró hacia las puertas del balcón. Luego, en seguida, volvió a mirar a la mujer y dijo en inglés:

—Silencio. Y colóquese boca abajo.

La apuntó con la pistola. La mujer abrió la boca como si fuese a gritar, pero quedó así, como congelada. Debía tener quizá sesenta años, era flaca, huesuda, fea al máximo, de ojos pequeños y claros… Parecía un extraño ratoncito, repugnante al máximo con sus dos verrugas en el centro de la barbilla.

—Boca abajo o la mato —dijo el intruso.

La fea anciana emitió un gritito, y se tumbó en la cama boca abajo. El intruso saltó hacia el interruptor de la luz, la apagó y corrió hacia el balcón. Lo abrió, salió, y miró hacia abajo. Movió la cabeza con gesto negativo, volvió a entrar en el dormitorio y fue hacia la puerta.

Todavía no había llegado a ésta cuando fue abierta desde el pasillo, donde había luz ahora, silueteando las figuras de varios hombres, uno de los cuales empezó a gritar:

—¡Daliah, hay un hombre que…!

El hombre al que sin duda se estaba refiriendo apareció ante el

grupo, y fue exactamente igual que colocar a un tigre entre una bandada de micos; o igual que una segadora en un campo de trigo, Con sólo dos o tres golpes de sus fortísimos brazos, echó fuera del dormitorio a los ocupantes de la casa, uno de ellos con el cuello roto, y cerró de nuevo la puerta, buscando la llave para asegurarla. Pero, no había llave. Y fuera, es decir, fuera del dormitorio, pero dentro de la casa, se oían más y más voces, y pisadas, gritos…

El intruso volvió a correr hacia el abierto balcón…, seguido por la mirada de la anciana, que volvía la cabeza… Ella sólo pudo ver aquella gigantesca silueta negra corriendo hacia el balcón, en el cual desapareció.

Se perdió lo mejor: el intruso apoyó la mano izquierda en la barandilla del balcón, y la rebasó de un salto agilísimo, que lo lanzó en espeluznante trayectoria hacia la explanada del lado derecho de la casa. Suficiente para que cualquiera se hubiese roto, por lo menos, las dos piernas y, posiblemente, la cabeza, al llegar abajo tras recorrer aquella distancia de casi cuatro metros.

Todo lo que le ocurrió al intruso fue que tras rebotar sobre sus bien tensadas piernas, salió despedido hacia delante, rodó sobre su nuca y se puso en pie de un salto.

Un hombre apareció ante él, apuntándole y gritando:

—¡Está en…!

Plop.

El final de la frase del desdichado fue un chillido, mientras saltaba hacia atrás, con un balazo en el lado derecho del pecho. Otros dos hombres aparecieron mientras el intruso corría hacia la zona oscura del jardín. Solamente pudieron ver su silueta justo cuando desaparecía, y, aullando este informe, se lanzaron tras él, comprendiendo la sensacional, peligrosa, audacísima jugada del desconocido: los había atraído a casi todos a la casa y, cuando le pareció que todos estaban dentro, había salido «volando» de ella, y corría hacia la tapia, para escapar.

Claro que esto no iba a lograrlo, ya que era demasiado alta para que alguien pudiera escalarla, así que lo iban a acorralar allá, y entonces…

Para su pasmo, pudieron verlo.

Vieron perfectamente al intruso llegar ante la tapia, volverse a mirar hacia ellos, y saltar.

Saltar, sin impulso, sin haber tomado carrera, como si se tratase de lo más sencillo del mundo. Y debía serlo, porque sus manos llegaron a lo alto de la tapia, sus brazos se flexionaron… y, por un instante, lo vieron, en posición horizontal, salvando aquella altura, hacia la calle, como si, sencillamente, estuviese realizando, un entrenamiento gimnástico.

El intruso cayó en la calle, rebotó, dio otra vuelta de cabeza, se puso en pie, y echó a correr hacia el coche que había dejado cerca. Se metió en él, lo puso en marcha y partió de allí, sin prisas aparentes.

Manejando el volante con la mano izquierda, utilizó la derecha para sacar la radio del bolsillo.

—¿Estás bien? —Oyó en seguida la voz de mujer.

—Sí —jadeó apenas—. Pero ha sido imposible.

—¿Te han herido?

—No. Espérame en el hotel.

—Besitos.

El sensacional intruso casi sonrió. Cerró la radio, la guardó, y dedicó toda su atención a la marcha del vehículo. Estaba cruzando por su centro el Parque de Esref Pacha, es decir, el llamado Camino de Oro, que divide el hermoso parque en dos. Lo dejó pronto atrás, llegando a Esref Pacha Cadessi, que siguió en toda su longitud, hacia el centro de la ciudad. Luego, rodó por Gazi Osman Pacha Bulvari, y se desvió a la izquierda al llegar al cruce con Gazi Bulvari. Pasó por delante de la terminal aérea THY y, segundos después, llegaba al formidable y fastuoso Buyuk Efes Oteli, posiblemente el mejor de Esmirna, junto a la terminal aérea.

Condujo el coche hasta el estacionamiento, frenó, paró el motor, apagó las luces, y se pasó una mano por los cabellos, ordenándolos un poco. Se quitó la negra cazadora de piel, se puso una elegante chaqueta y salió del coche, tan campante.

Un minuto más tarde, cruzaba el lujoso vestíbulo hacia conserjería.

—¿Ha llegado mi esposa? —preguntó en árabe al conserje.

—Sí, señor Tomasini; hace, un par de minutos.

—Gracias.

Se metió eh el ascensor, mostrando siete dedos al botones encargado de su manejo, pues sabía que el muchacho no hablaba

más que turco. El ascensor llegó al séptimo piso, el formidable gigante dio una propina al botones, salió al pasillo y segundos después, llamaba a una puerta.

—Soy yo —dijo en italiano.

La puerta se abrió inmediatamente; entró, cerró y se quedó mirando a la mujer que, al parecer, había dedicado aquellos dos minutos a desvestirse y a ponerse una camisita de dormir de color azul pálido.

Un azul muchísimo más pálido que el de sus grandiosos, bellísimos, maravillosos, sensacionales ojos de color cielo. Prácticamente se la podía considerar desnuda, y era un espectáculo por el que incluso valía la pena morir… Bellísima, perfecta, armoniosa en sus formas, de color del oro su fina piel, sonrosada la boquita que parecía un poco infantil con aquel gesto graciosísimo que ocasionaba el labio superior, un poquito alzado por el centro; encantadora con su hoyuelo vertical en la barbilla; absolutamente despampanante con sus largos cabellos negros, suavemente ondulados, sueltos hacia la espalda y por encima de los hombros…

Si el señor Tomasini era fantástico, aquella joven de ojos azules, piel dorada y labios sonrosados, era, en verdad, un poema de belleza.

—¿De verdad no estás herido? —se interesó.

—De verdad.

Entonces, ella le echó los brazos al cuello, él la abrazó por la cintura y se besaron, largamente, apasionadamente. Por fin, ella se apartó, suspirando.

—Me dejas sin aliento —murmuró dulcemente; y de pronto, sonrió, como una niña divertida—. ¿De manera que el gran, fabuloso, invencible y fantástico espía Número Uno no ha conseguido lo que quería?

—Había por lo menos veinte hombres en aquella casa —dijo él, apaciblemente—. Así que me habría gustado ver en mi lugar a la grandiosa, fabulosa, invencible, fantástica, sensacional y genial espía Baby. Es decir, no me habría gustado verte allá, Brigitte: tú no habrías salido con vida.

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía de superlujo de la CIA norteamericana, amplió su sonrisa.

—He salido de sitios donde había más de veinte hombres.

—De aquí no habrías salido —dijo Angelo Tomasini, o sea, Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos—. Y desde luego, tampoco habrías conseguido el portafolios.

—Así debe ser, si tú lo dices. Bien, es tarde ya… ¿Vamos a dormir?

Él asintió con la cabeza, ella le besó dulcemente en los labios y se abrazó a su cintura, caminando ambos hacia el dormitorio. Baby se acercó a la amplia ventana y se quedó mirando pensativamente hacia abajo, hacia el jardín, donde estaba la hermosa piscina rodeada de césped, pérgolas, casetas, pequeñas palmeras… Todo ello iluminado sabiamente por luces escondidas. Por el cristal, vio cómo Número Uno se volvía ligeramente hacia ella, la miraba y se apresuraba a desnudarse de cintura para arriba, ponerse inmediatamente la chaqueta del pijama. Ella esperó a que se hubiese cambiado totalmente, y entonces fue hacia él. Número Uno estaba colocando bien sus ropas, excepto una prenda de color gris-plata que yacía sobre la, cama, y que parecía un chaleco. Y lo era: un chaleco de fibra de titanio, especial contra las balas.

—Deberás llevarlo siempre, mientras estemos aquí musitó Brigitte, señalando la prenda.

—A la orden de Su Majestad —mascullló Número Uno.

—No puedes despreciarme, un regalo —sonrió ella; de pronto le desabrochó los botones de la chaqueta del pijama…, y se mordió los labios—… Además, es una prenda útil.

Se quedó mirando el gran hematoma que era ya perfectamente visible en el estómago de Número Uno, el cual refunfuñó algo, y volvió a abrocharse, censurando:

—A mí no deberías espiarme por los cristales.

—¿Fue un balazo?

—Sí. Y no quiero hablar más de ello. ¿Te gustaría escuchar música?

—Me encantaría.

Número Uno abrió el armario, y de la maleta, sacó un pequeño magnetófono. Apagó todas las luces, fue adonde Brigitte esperaba, inmóvil, y la llevó, por los hombros, hacia la otomana colocada cerca del ventanal, por el que ahora entraba la luz de la luna llena. Se sentaron los dos, él puso en marcha el magnetófono, y ella se recostó en su pecho… Una dulce sonrisa estiró sus labios al

escuchar la música.

—Serenata a la luz de la luna —dijo, susurrante; y de pronto pareció recordar algo—. ¿Dejaste tu tarjeta de visita en esa casa?

—Sí.

—Bien… Tendremos que andar con mucho cuidado. Él pasó una mano hacia la nuca de ella.

—Iremos con cuidado —susurró—. Pero será a partir de mañana. Ahora estarnos solos con la música y la luna.

—Lo que tú digas, mi amor… Siempre lo que tú digas.

Y alzó el rostro hacia él, recogiendo en sus ojos y en sus labios la luz de la luna… para que Número Uno pudiera beberla.

Capítulo II

La fea anciana de las verrugas tenía en su rostro una expresión agria, furiosa, que hacía brillar como si fuesen cristales sus claros ojillos de ratón.

—Entonces —dijo—, ¿de qué sirve tener veinte hombres en la casa, Levi?

Levi Mayer se removió; un poco inquieto, porque conocía bien a Daliah Kohenov. Levi era un hombre alto, apuesto, de unos cuarenta años magníficamente llevados. Ancho de hombros, atlético, ojos oscuros, boca firme, frente despejada… Cosa que suele ocurrir con muy pocos hombres, resultaba interesante incluso en pijama.

—Lo siento, Daliah… Ha matado a tres, ha herido seriamente a cinco, y ha dejado magullados a otros cinco. Parece como… si esto no hubiese podido hacerlo un solo hombre. Ha sido demasiado rápido para los nuestros, ha saltado lo que parecía imposible, ha escalado la tapia sin la menor dificultad… Los ha dejado aterrados a todos, te lo aseguro.

De pronto, Daliah Kohenov sonrió.

—Lo comprendo —susurró—. Hasta yo misma me asusté al verlo…

—¿Pudiste verlo bien?

—Tan bien como te estoy viendo a ti ahora —Daliah volvió a recostarse en la cama, y se quedó mirando el techo—. Sí, lo vi tan bien como te veo a ti, Pero no me asusté por su aspecto físico, sino por su… arrolladura expresión de poderío. Me dio la impresión de ser… un tigre.

—¿Un tigre? —Parpadeó Mayer.

—Si… Un enorme, peligrosísimo…, y bellísimo tigre. El tigre más hermoso que he visto en mi vida.

—Era sólo un hombre —gruñó Mayer.

Daliah le miró, y dijo sarcástica:

—Un hombre al que veinte hombres no han podido ni siquiera herir. Y los ha dejado… aterrados, según tus propias palabras. Igual que si un tigre se hubiera paseado entre ellos dando zarpazos. Me gustaría volver a encontrarme con ese… tigre.

—Quizá podamos conseguir eso —sonrió hoscamente Mayer—. Perdió algo en el jardín.

—¿Qué cosa?

Levi Mayer sacó un papel doblado en cuatro, y lo tendió a la anciana recostada. Ésta lo desdobló, alzó las cejas como si no comprendiera, y por fin lanzó una exclamación.

—¡Es un resguardo de alquiler de auto!

—Casi es como si nos hubiese dejado su tarjeta de visita —asintió Mayer—. Evidentemente, no es turco. Podemos suponer que llegó a Esmirna, alquiló un coche y vino a la casa. Quizá podamos encontrarlo por medio de la firma que le ha alquilado el coche. Y me gustaría mucho encontrarle, para que nos dijese qué vino a hacer aquí, quién es, y quién le habló de nosotros…

—Bien… Sí, eso sería muy interesante. Un… tigre no se mete así como así en ningún apuro a menos que espere conseguir algo que valga la pena. Encárgate de intentar localizarlo —los ojillos de Daliah Kohenov brillaron perversamente—. Pero lo quiero vivo.

—Cazar vivo a un hombre como ése no puede ser fácil de ninguna manera, Daliah.

—Pues lo quiero vivo. Y sin un solo rasguño.

—Pero…

—Mira, Levi; una cosa es que sea él quien nos sorprenda, y otra cosa es que seamos nosotros quienes le sorprendamos a él, lo cual sucederá si le localizamos y él no se ha enterado aún de que ha perdido ese resguardo. Podéis acorralarlo, pillándolo desprevenido. Y recuerda: quiero vivo a ese hermoso tigre. Ahora, déjame dormir, y ocupaos tú y ese grupo de inútiles de iniciar esa búsqueda.

—Está bien, Daliah.

Levi Mayer abandonó el dormitorio. Desde la cama, Daliah Kohenov apagó la luz, y se quedó mirando hacia la luz de la luna, que daba en los cristales del balcón por el cual había saltado el tigre.

«Un hermosísimo tigre —pensó Daliah—. Me gustaría cazarlo y

ponerle un collar al cuello, para que fuese sólo mío…».

Partiendo de aquí, los pensamientos de Daliah se fueron desbocando, sin que ella se diese cuenta siquiera, de momento. Sólo veía, en su imaginación, a aquel hombre, tendido junto a ella, desnudo en la cama, besándola y acariciándola. En el horrendo y decrépito cuerpo de Daliah Kohenov comenzó a producirse una inesperada renovación de energías que ya creía dormidas para siempre. Comenzó a agitarse, jadeando, lanzando la cabeza hacia un lado y otro, moviendo las piernas como si estuviese recibiendo descargas eléctricas… En todo momento, mientras el calor iba aumentando de modo insospechado en su cuerpo, la imagen del tigre estuvo presente en la mente de Daliah, que se sentía cada vez más y más sumergida en una terrible hoguera que la devoraba… Por fin, llegó al estallido final, y entonces quedó inmóvil, sudorosa, demudado y súbitamente frío el rostro, relajada.

Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido tan sólo de pensar en el tigre, sintió de nuevo como si todo su cuerpo comenzase a incendiarse de nuevo, reanudó sus espasmódicos movimientos de antes. Pero de pronto, se detuvo, congestionada al máximo, relucientes los ojos en la oscuridad…

—No —jadeó—. Así, no. Quiero tenerlo a él, quiero que sea con él… Y será con él en cuanto lo encuentren y me lo traigan…

* * *

—Lo hemos localizado.

Daliah Kohenov, que estaba sentada en una de las butacas del salón de la casa, sintió un estremecimiento cálido que recorrió su cuerpo despierto de nuevo a las sensaciones de la vida. Un inaudito calor que le traía el recuerdo del tigre, se expandió como un sordo estallido por todo su cuerpo.

Haciendo un esfuerzo por dominarse, se quedó mirando a Levi Mayer, que acababa de llegar, acompañado de dos hombres. Debían ser las once de la mañana.

—¿Estás seguro?

—No ha sido demasiado difícil —sonrió Mayer, ufano—. A primera hora estuvimos en conocimiento de su nombre y dirección en Esmirna, por medio de la firma que le alquiló el coche.

—¿Cuál es su nombre y dirección?

—Es un italiano llamado Angelo Tomasini; está alojado en el Buyuk Efes Oteli.

—Ah… No cabe duda de que le gusta sólo lo mejor —sonrió Daliah.

—Eso es evidente, a juzgar por su esposa.

—¿La esposa de quién?

—De ese Angelo Tomasini, de tu tigre.

—¿Tiene esposa? ¿Y la ha traído consigo a Esmirna?

—Desde luego. Y, al parecer, es la muchacha más bella y encantadora del mundo. Nos la han descrito muy bien. Nos han descrito muy bien a los dos, porque forman una pareja excepcional. Ella se llama María Piamonte. Está claro que ambos son italianos.

—Sí… Claro —una luz siniestra apareció en los ojos de Daliah Kohenov—. De manera que el tigre tiene su tigresa.

Levi Mayer se echó a reír.

—¡No! —exclamó—. Nada de eso. Hemos sonsacado muy bien a uno de los empleados del hotel y nos ha asegurado que es la muchacha más dulce y exquisita que ha conocido en su vida. No tiene nada de tigresa. Si acaso, por lo que nos han dicho, es una delicada, tierna, bellísima mariposa.

—Una mariposa acompañando a un tigre… ¿Por qué?

—Muy posiblemente, a la mariposa le guste la potencia del tigre y al tigre el encanto y la fragilidad de la mariposa… De todos modos, si ella es como nos han dicho, yo también la llevaría conmigo a todas partes. Daliah. Sobre todo, si ella estuviese tan loca por mí como el hombre del hotel dice que está por su tigre. Son una sensacional pareja, de enamorados. Ese extraño y profundo amor eterno que suele darse en los occidentales. Él parece que a veces ni siquiera la ve a pesar de que ella siempre va tomada de su mano; pero, a pesar de su aparente brusquedad, no la descuida ni un instante y tiene delicados detalles con ella: le compra flores, le abre la puerta del coche, nunca se sienta antes que ella, se la queda mirando. Ella está loca por él, y él por ella.

—Te has informado muy bien.

—Así lo creo. ¿Qué hacemos?

—Cazadlos a los dos.

—De momento, eso no puede ser; Angelo Tomasini abandonó el

hotel esta mañana muy temprano. No, No se sabe adónde ha ido.

—¿Y su esposa quedó en el hotel?

—Sí.

Daliah reflexionó brevemente, antes de preguntar:

—¿Cuánto hace que llegaron a Esmirna?

—A Esmirna, no sé. Pero él llegó al hotel hace cuatro días. Ella llegó dos días más tarde.

—¿No llegaron juntos? —se sorprendió Daliah.

—No. Él llegó dos días antes, ya te digo.

—Bien… En cuanto a eso de que, él es italiano, lo dudo. A mí me habló en inglés.

—Eso no significa nada. Al parecer, no sólo habla inglés, sino, por supuesto, italiano y también árabe. Incluso habla un poco de turco. Muy poco.

—Un hombre impresionante… Por su modo de hablar inglés, a mí me pareció norteamericano.

—¿Crees que puede ser de la CIA? —Respingó Mayer.

—Podría serlo. Y no deberías sorprenderte de que la CIA esté cerca ele nosotros, Al fin y al cabo, hace tres días, Muslim Akhar mató a dos de sus agentes. Sin embargo, la visita del tigre esta noche no ha podido ser en plan de represalia, de venganza, ya que la CIA no tiene por qué relacionarnos con Muslim. Y, además, si fuese represalia, habrían ido a por Muslim, no a por nosotros. No. Bien pensado, no debe ser de la CIA. Pero entonces, ¿quién es y qué vino a hacer aquí?

—He pensado que podemos esperar a que él regrese al hotel y entonces cazarlos a los dos.

Daliah Kohenov frunció el ceño. Y así estuvo mientras encendía un aromático cigarrillo. Luego, expeliendo humo, movió negativamente la cabeza.

—No. No vamos a esperarlo a él, Levi. ¿Por qué correr riesgos?

—No te comprendo.

—Quiero decir que no hay necesidad de luchar contra el tigre. Vamos a realizar una maniobra que le obligará a ponerse en nuestras manos como un corderillo.

—¿Qué maniobra?

Daliah volvió a fumar, sonriendo aviesamente.

Y dijo:

—Cazad a la mariposa. Ya veréis cómo el tigre vendrá muy manso a buscarla. A menos… que no la ame tanto como tú me has asegurado.

—Yo no lo sé, Daliah. Pero en sólo dos días, eso ha resultado evidente en el hotel. Están muy enamorados.

—Pues no hay más que hablar. Lo dicho: cazad a la mariposa.

Debían ser las doce y media cuando María Piamonte de Tomasini apareció en el bar del hotel, miró a su alrededor, y tras hacer una muequecita de desilusión, se dirigió a una mesita redonda, ante la cual se sentó tímidamente.

Viéndola, nadie habría podido pensar que tenía delante a la agente Baby, la espía más peligrosa y mortífera del mundo. Era un auténtico ángel, una mariposa.

Los camareros la vieron en seguida, y uno de ellos ganó la sorda, silenciosa batalla de llegar el primero a su mesa. Un turco joven, sonriente, de grandes ojos negros rebosantes de admiración.

—Martini —pidió ella—. ¿Me entiende?

Hablaba en italiano, y el camarero no entendía una sola palabra de este idioma. Excepto «martini». Asintió con la cabeza, amplió su sonrisa y se dirigió al mostrador, donde dos camareros más contemplaban, de nuevo estupefactos, a la bellísima jovencita de los ojos azules. Había otros clientes en el bar, algunos de ellos evidentemente eentroeuropeos, y, por tanto, más acostumbrados a los ojos azules. Pero no a tantísima belleza, por lo que no podían ocultar su pasmo.

El camarero regresó inmediatamente con el martini, lo sirvió allí y se quedó como un pasmarote mirándola, hasta que ella, tras un besito al borde de la copa, alzó la cabeza y lo miró interrogante. El turco no tuvo más remedio que reaccionar: sonrió y se alejó de aquella mesa, bien a su pesar.

La señora Tomasini abrió su bolsito, sacó cigarrillos, encendió uno y volvió a mirar a su alrededor. Un poco más allá, un hombre que acababa de entrar en el bar, también miraba a su alrededor, y sus miradas se cruzaron; en la del hombre había todavía una expresión de admiración y de incredulidad. En la de María, no apareció expresión alguna, pese a que, dos días antes, había visto la fotografía de aquel hombre en manos de Angelo Tomasini, el cual le había dicho:

—Este hombre se llama Levi Mayer, y, por supuesto, es judío. Sin embargo, es el hombre que estuvo en la casa del árabe llamado Muslim Akhar, y que salió de allí llevando un portafolios y acompañado de cuatro hombres más, todos los cuales ocuparon un coche y se fueron a una villa sita en Hatay Cadessi. En cuanto a Muslim Akhar, es el hombre que, según uno de mis amigos turcos, mató a dos agentes de la CIA que estuvieron a visitarle. Mi amigo turco me pasó esa confidencia por si me interesaba, y yo pensé que a ti sí debía interesarte. Por eso te telegrafié a Nueva York, citándote en este hotel. Sé muy bien que jamás perdonas que asesinen a tus compañeros de la CIA, a tus Simones.

—Llévame primero adonde está ese árabe llamado Akhar —había pedido ella, fríamente.

—Imposible. Muslim Akhar ha abandonado Esmirna, y no sé adónde ha ido. Quizá regrese, y quizá no. Pero, mientras tanto, te ofrezco a Levi Mayer, por si te interesa.

—Me interesa. Y mucho —había musitado ella.

Era cierto.

Levi Mayer le interesaba mucho. Muchísimo. Pero al verle allí, entrando en el bar del hotel; ni un solo músculo del rostro de María Piamonte se había movido. Era, pues, imposible que alguien pudiera suponer que sentía interés por aquel hombre, o, mucho menos, que lo conocía.

Así pues, cuando el atlético, apuesto, atractivo Levi Mayer caminó hacia su mesa, y se detuvo delante, y se quedó mirándola fijamente, María Piamonte simuló no darse cuenta… durante tres o cuatro, segundos. Luego, claro, no pudo simular más, y miró al hombre, con deliciosa expresión desconcertada, interrogante.

—¿Señora Tomasini? —preguntó él, en inglés.

María asintió, todavía desconcertada.

—Sí… Sí, señor.

—¿Me permite sentarme a su mesa?

—¿Para qué? No le conozco a usted, señor, y debo advertirle que mi marido va a llegar de un momento a otro.

Mayer sonrió, y; pesé a no haber recibido el permiso para sentarse, lo hizo. Entonces, dijo:

—Temo que no será así, señora Tomasini.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Su marido no va a venir.

Ella sonrió. Sonrió igual que una niña a la que acabasen de decirle que no existe Papá Noel.

—Ya lo creo que va a venir —aseguró—. Angelo siempre…

—Su marido, señora, ha sufrido un accidente.

María Piamonte de Tomasini se irguió, sus ojos se desorbitaron, su boquita se crispó en un gesto de dolor…

—¡No! —exclamó.

—Lamento ser yo quien le haya traído la noticia. Pero no se asuste, en realidad no es nada grave. Hubo una estúpida colisión de cuatro coches en la Plaza Konak, y su marido fue uno de los heridos.

—Dios mío…

—Insisto en que no es grave. Parece ser que el señor Tomasini tiene fracturada una pierna, pero, por lo demás, está perfectamente. Nos pidió que le avisásemos a usted, pero rogó que no lo hiciésemos por teléfono, pues se asustaría demasiado. Yo he tenido el honor de ser designado para traerle la noticia.

—Sé… se lo agradezco mucho, señor… señor…

—Mayer. Me temo que no he sido un mensajero muy delicado, ¿verdad?

—No… no sé… ¿Dónde está Angelo? ¡Tengo que ir a verle inmediatamente, y…!

—Precisamente se me ha encargado que me ponga a su disposición, señora. La llevaré allá con mucho gusto.

—Oh, sí. ¡Sí, sí, sí! ¡Vamos allá ahora mismo, señor Mayer se lo suplico!

Se puso en pie muy agitada, crispado el bellísimo rostro. Recogió el bolsito, temblorosas las manos, y se quedó mirando a Mayer anhelante.

—Tengo un coche fuera —dijo él—. Cuando guste, señora.

Salieron del bar, cruzaron el gran vestíbulo, y aparecieron pocos segundos después en Gazi Osmanpasa Bulvari. Levi Mayer hizo una seña, y un coche se adelantó hacia ellos; él abrió la puerta de atrás, dejó que entrara María Piamonte y se sentó a su lado. El chófer no necesitó indicación alguna para emprender la marcha. Mayer se volvió a mirar por el cristal zaguero y sonrió al ver el otro coche, con varios de sus hombres, dispuestos a intervenir si surgían

complicaciones.

Pero no surgió ninguna complicación, y minutos más tarde el coche entraba en la villa de Hatay Cadessi. María Piamonte miraba sorprendida, desconcertada, a todos lados; sin embargo, sólo cuando el coche hubo recorrido el corto sendero y se detuvo delante de la casa, preguntó:

—¿Esto es una clínica o un hospital?

—No, ciertamente —sonrió Mayer.

—Pero… No comprendo entonces por qué me han traído…

—En realidad —ensanchó Mayer su sonrisa—, su marido no está aquí, señora Tomasini.

—¿No está aquí? No comprendo…

—Pues es bien fácil: ha sido usted secuestrada.

María Piamonte pareció quedar, primero, atónita, como si no hubiese comprendido, muy abiertos los ojos; luego, parpadeó y se mordió los labios. Finalmente, emitió un gritito, y se volvió hacia la portezuela, la abrió, salió del coche y echó a correr hacia la salida de la villa. O entrada, según se mirase. Para ella, en aquel momento, era salida. Para el coche que llegaba, era entrada. Y del coche salieron rápidamente tres hombres, que cerraron el paso a la «asustadísima» María Piamonte.

Mayer, que también había salido del coche, muy tranquilamente, sonrió, una vez más, haciendo una seña.

—Traedla —alzó la voz.

Dos de aquellos hombres la tomaron por los brazos y comenzaron a arrastrarla hacia la casa, mientras María rompía a llorar, debatiéndose en vano y llamando también en vano a su marido, que, evidentemente, no estaba en aquella casa.

Al parecer, unos cuantos hombres muy listos habían cazado una mariposa.

Capítulo III

—De manera que ésta es la mujer del tigre.

—Pero, como te dije, no es precisamente una tigresa —persistió Levi Mayer en su sonrisa simpática.

Daliah Kohenov casi se permitió sonreír, mientras sus ojillos, ratoniles escrutaban con atención a María Piamonte, que, prácticamente colgada de los brazos de los dos nombres que la sujetaban, parecía incapaz de hacer otra cosa que llorar. Sin embargo, pese a su actitud rayana en lo abyecto, Daliah tenía qué captar perfectamente su belleza… Una belleza que le hizo fruncir el ceño, quizá porque la comparó con la suya propia, inexistente. Sí… Comparar a las dos mujeres era igual que comparar una mariposa con una araña.

Y esto no pareció gustar lo más mínimo a Daliah Kohenov, que susurró:

—Desde luego, no te engañaron, Levi: es muy hermosa.

—Sin duda.

—¿Le dejasteis la nota en el hotel?

—No. Ella dijo que lo estaba esperando de un momento a otro, así que no quise entretenerme ni un segundo. Pero eso no es problema: le enviaré la nota con Melimet ahora mismo.

—Dámela. Quiero escribir otra nueva. Mejor dicho, la va a escribir la propia mariposa. Busca papel y pluma. ¡Y dadle un par de golpes, que se calle de una vez!

Uno de los hombres que sujetaban a María se colocó ante ella y la abofeteó fuertemente, de revés y de derecho, haciendo saltar las lágrimas de sus ojos. María lanzó un último gritito y luego se quedó silenciosa, inmóvil, desorbitados los ojos. Mientras Levi se procuraba pluma y papel, las mejillas de María Piamonte fueron enrojeciendo, mostrando las huellas de los fuertes dedos del turco que acababa de golpearla.

—Será mejor que ella escriba la nota en inglés, no en italiano —dijo Levi, ya conseguido el papel y la pluma—. En inglés no podrá engañarnos.

Daliah miró fríamente a María.

—¿Sabe escribir en inglés? —preguntó.

María asintió con la cabeza, mientras suspiraba profundamente, estremeciéndose. Daliah señaló un sillón y le hizo una seña a Levi Mayer, que desplazó hacia allí una mesita. Sobre ésta, delante de la recién sentada María, dejó el papel y la pluma.

—Va a escribirle una nota a su marido —dijo Daliah—. Y será mejor que se limite a obedecer, sin buscar complicaciones de ninguna clase. ¡Escriba!

María tomó la pluma, sobresaltada, y se quedó mirando a Daliah, que, tras breve reflexión, dictó rápidamente. María escribía, aterrada, mientras las lágrimas volvían a deslizarse por sus mejillas.

La nota quedó así:

«Tenemos a su esposa en la villa que usted visitó anoche. Si no viene a buscarla pacíficamente, la próxima noticia que tendrá de ella será su linda cabeza, que le enviaremos en una bolsa de plástico. Le esperamos, señor Tomasini».

—Está perfecta —dijo Mayer.

Se procuró un sobre, metió la nota dentro, lo cerró y lo entregó a uno de sus hombres, que salió inmediatamente de la casa.

Luego, Levi Mayer fue a sentarse en un sillón, de modo que quedó delante mismo de María Piamonte, cuyo espanto ante lo que le habían obligado a escribir no podía estar mejor expresado. Parecía haber quedado congelada, sin aliento, siempre con los ojos muy abiertos, mirando de uno a otro.

—¿Tiene miedo? —sonrió Levi.

María asintió con la cabeza, y consiguió musitar un «sí» apenas audible.

—No se preocupe —dijo amablemente. Mayer—. Ya verá como su marido vendrá a toda prisa a buscarla, y, usted conservará su cabecita…

—¿Ustedes son realmente italianos? —preguntó Daliah.

—Sí… Sí.

—¿Los dos?

—Sí, los… los dos…

—Mentira. Su marido es norteamericano. ¡No empiece a llorar de nuevo! —Se irritó Daliah—. Su marido es norteamericano, ¿no es cierto?

—¡Sí, sí, sí…! —Lanzó un alarido María.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Clark… Clark Coleman…

—Clark Coleman. ¿Trabaja para la CIA?

Los ojos de María Piamonte se abrieron aún más. Su terror iba en aumento. Su mandíbula inferior comenzó a temblar.

—Será mejor que conteste —dijo amablemente Levi—: ¿trabaja su marido para la CIA?

María comenzó a tartamudear.

—¡Conteste con claridad! —chilló Daliah, enfurecida.

—¡No lo sé! —gritó María—. ¡No lo sé! ¡Yo no sé nada! ¡No sé en qué trabaja!

—¿Pretende qué creamos eso?

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé!

Las verrugas de Daliah Kohenov temblaron en su rostro, crispado por la ira. Hizo una seña a los tres hombres que había con ellos en el salón, y ellos comprendieron. Los dos de antes sujetaron a María por los brazos. La pusieron en pie, y el otro se colocó delante… Vaciló, miró a Daliah y casi respingó al captar el gesto cruel de la anciana.

—Hazlo —susurró ésta.

—Pero… No es necesario, Daliah. Ella dirá…

—¡Hazlo! —rugió. Daliah…

El turco se pasó la lengua por los labios, miró a aquella frágil criatura indefensa.

—Sigue pegándole —dijo Daliah.

—Pe-pero está sin conocimiento… ¡No va a servir de nada, Daliah!

—Haz que recobre el conocimiento entonces, Halim… ¿Qué estás haciendo?

Halim, que había dado ya un par de cachecitos a María, se volvió hacia la anciana.

—Me has dicho que…

—Así, no.

—Ten cuidado —sonrió Levi Mayer—, puedes matarla.

—¿Y qué?

—Por mí nada. Pero el tigre podría no estar conforme con ello. Y si llegase a enterarse de que su mujer no estaba viva, sino qué ya la habíamos matado, se las arreglará para complicarnos la vida. Y no son estos momentos para atender cosas de menor importancia, Daliah.

La feroz anciana parpadeó. Luego, frunció el ceño, miró a sus hombres e hizo un gesto que ellos tuvieron que entender. En el centro del salón había un surtidor, rodeado de palmeras; metidas en tiestos grandes, decorados con azulejos iguales a los del piso.

Durante unos segundos solamente se oyó el romántico rumor del agua que, tras ascender cosa de un metro, caía en la taza de piedra. Mayer contemplaba la escena impávido. Daliah sonreía cruelmente, regocijándose. Halim, que había quedado delante de ella, parecía de piedra, inmóvil.

De pronto, María Piamonte reaccionó y sacó la cabeza del agua, resoplando, tosiendo, gritando… Los dos turcos miraron a Daliah, que sonrió siniestramente.

—Que no saque la cabeza —dijo.

Miró a Halim, que emitió un sonido de sobresalto. Luego, a los otros dos.

—Además —dijo de pronto Mayer—, estamos perdiendo no menos de diez mil dólares extras. Y seguramente de un modo estúpido.

—¿De qué estás hablando?

—La chica es muy bonita, Daliah. Podríamos vendérsela a Muslim cuando venga, y él, o bien la volvería a vender de nuevo en cualquier mercado africano de esclavas o se la quedaría para sí… Por una mujer así podríamos conseguir incluso más de diez mil dólares.

—Es una buena idea —relampaguearon los ojos de Daliah—. Sí. Es una magnífica idea. La linda mariposa se va a quedar sin su hermoso tigre, y además, como… castigo por haber estado disfrutando de él, la voy a vender en África, para que la destrocen sus sucesivos amos. Está bien, dejadla respirar.

María Piamonte pudo retirar la cabeza del agua, y quedó respirando afanosamente, tosiendo de nuevo, congestionado el rostro, incapaz de sostenerse sobre las piernas, según parecía. Así

que los dos turcos tuvieron que apartarla en volandas de junto al surtidor de azulejos y la colocaron de nuevo ante Daliah, que esperó a que María se recuperase lo suficiente para poder entenderla.

—¿Trabaja su marido para la CIA? —insistió.

—No lo sé.

—Otra vez, Halim —dijo secamente Daliah.

Halim volvió a vacilar, pero optó por lo más conveniente para él. Golpeó de nuevo a María en el estómago, aunque con menos fuerza que antes, de modo que ella no se desvaneció esta vez; pero de nuevo le fallaron las piernas, apareciendo en su rostro un gesto de dolor…

—En el cuerpo, no —siseó Daliah—: quiero que le destroces la cara, si no contesta. Pégale ahora en la boca, rómpele los labios y los dientes… ¡Pégale!

—Sin dientes, no nos darán diez mil dólares por ella —rió Mayer.

—No me importa. ¿No me has oído, Halim?

—Sí, pero…

—¡Destrózala! ¡Quiero que le borres esa maldita belleza ahora mismo! ¡Pégale, pégale, pég…!

Se calló de pronto, desorbitados los ojos, descompuesto el rostro por el odio y la envidia, Levi Mayer se había puesto en pie, haciendo un seco gesto de petición de silencio. Gesto que fue obedecido en el acto por todos. Por lo tanto, pudieron oír la llegada de un coche delante de la casa.

—Cuidado —susurró Mayer—. Los demás están vigilando fuera, pero después de lo de anoche, no podemos confiarnos. Ve a echar un vistazo, Halim.

Éste sacó la pistola, igual que los demás, y se dirigió a la puerta del salón. Los otros dos turcos habían soltado a María, que se desplomó en el suelo y quedó tendida de lado, con las manos en el vientre, los ojos cerrados, gimiendo… Tanto Mayer como los dos turcos se colocaron de modo que podían cubrir con sus armas la puerta del salón, mientras Daliah Kohenov permanecía inmóvil, fija su mirada odiosa en la gimiente María.

Fuera se oyeron voces. Luego, la puerta de la casa, los pasos acercándose al salón. El primero en reaparecer fue Halim, señalando con el pulgar hacia atrás, pero, sin molestarse en dar

explicación verbal alguna, porque todos conocían muy bien al personaje recién llegado.

Era un árabe alto y grueso, aceptablemente hermoso, con grandes bigotes que se unían a la negrísima barba. También sus ojos eran negrísimos, grandes, saltones, de córnea ligeramente enrojecida, como si su propietario estuviese siempre encolerizado.

—¿Qué pasó? —Gruñó en inglés, apenas entrar en el salón—. ¿Qué significa eso de que han surgido dificultades, Daliah?

—Bien venido seas, Muslim Akhar —replicó ella un tanto desabrida—. ¿No quieres sentarte?

—¡Lo que quiero…! ¿Quién es esa mujer?

—Una mariposa —sonrió Mayer, guardando la pistola.

—¿Qué?

—Una mariposa esposa de un tigre —casi rió ahora Mayer.

Muslim Akhar le dirigió una torva mirada.

—Levi, hace tiempo que nos conocemos, pero tu sentido del humor no me ha gustado nunca.

—Lo siento —gruñó Mayer—. Bueno, ella forma parte de las dificultades. No ella directamente, sino su marido, un americano llamado Clark Coleman, que aquí se hace llamar Angelo Tomasini. Estuvo anoche en la casa, mató a tres hombres, hirió a cinco, dejó maltrechos a otros cinco…, y se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Se marchó.

—¿Estás diciéndome que hizo todo eso en una casa donde había veinte hombres…, y pudo escapar?

—Sí. Naturalmente, suponemos que es de la CIA. Quizá tú puedas decírnoslo.

—¿Yo?

—Has tenido tratos con agentes de la CIA, ¿no es así? Quizá conozcas a ese Coleman.

—De nombre, no —Muslim se dejó caer en un sillón preocupado, pero, al mismo tiempo, mirando de modo intenso a María, que, más recuperada, lo miraba a él, con los ojos muy abiertos, tendida todavía en el suelo.

—¿Cómo es?

—Es hermoso —dijo Daliah.

—¿Hermoso?

—Es más alto que tú, más fino y fuerte, tiene los ojos oscuros, el cabello como el bronce… El hombre más hermoso y peligroso qué he visto jamás, Muslim.

—Tiene que ser, sin duda muy peligroso, para hacer lo que hizo. Pero no conozco a ningún americano de esas señas. Claro que puedes haber exagerado…

—No. Si lo conocieses de antes, lo habrías, identificado al describírtelo… No puede haber otro como él. Seguramente, podrás verlo muy pronto: le hemos enviado una nota diciéndole que tenemos a su mujer. Vendrá. La ama mucho.

Muslim Akhar miró a María, musitó:

—No me sorprende. ¿Qué ha dicho ella?

—Muy poca cosa. Estábamos convenciéndola cuando tú has llegado. Pero, según parece, no sabe gran cosa de su marido.

—Eso es absurdo.

—Lo mismo pienso yo —asintió Daliah.

—Daliah quería destrozarle la cara a la señora Tomasini —sonrió Mayer—. No le gusta que las demás mujeres sean jóvenes y hermosas. Pero yo he pensado que podrías comprárnosla, Muslim. ¿Qué te parece?

—Por una vez —sonrió el árabe—, estás diciendo algo de mi agrado, Levi. Es joven, hermosa, parece sana… Pero ya ha tenido marido, y yo no acostumbro a aceptar mujeres en esas condiciones. Puedo tener todas las que quiera, para las cuales yo sería el primero.

—Los árabes sois muy raros en esto —rió Mayer—. Pero, en fin, es cosa tuya. Si no la quieres por esposa, podrías revenderla en África, a buen precio, ¿no crees?

—Hablaremos más adelante de todo eso. Ahora quiero saber cuáles son las dificultades que tenéis para hacer el trabajo que aceptasteis.

—Las dificultades tendrías que haberlas comprendido —dijo Daliah—: nos van a faltar hombres, después de lo de anoche. Pero eso no es todo —se apresuró a añadir, al captar el gesto de profunda cólera del árabe—: Comprende que teníamos que preguntarte a ti respecto al tigre…, al hombre de anoche.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Si es de la CIA, como parece más que seguro, solamente tú has

podido orientarlo hacia nosotros.

Muslim Akhar se puso en pie de un salto, definitivamente congestionado el rostro por la ira.

—¿Qué estáis tratando de decir? —gritó.

—Nosotros no hemos tenido tratos con la CIA. Tú, sí. Tú conocías a dos de ellos; los mataste… Lo lógico es pensar que Clark Coleman ha conseguido la pista por mediación tuya, no nuestra. Entiende bien que no quiero acusarte de traición, ni de ninguna tontería parecida, Muslim, pero si la CIA ha llegado hasta nosotros, que sólo hemos tratado contigo, y tú fuiste quien trató con la CIA, ¿qué podemos pensar? Solamente que, por un medio u otro, han llegado hasta ti, y, a través de ti, hasta nosotros. ¿Comprendes ahora nuestra precaución al llamarte?

El árabe volvió a sentarse, y permaneció unos segundos en silencio, pasándose una mano por la frondosa barba. Por fin, asintió con la cabeza.

—Sí —musitó—. Tenéis razón. Sin embargo, no soy el único en este asunto que ha tenido tratos con la CIA.

—¿A qué te refieres? —exclamó Mayer, tras cambiar mía mirada de alarma con Daliah.

—Hay otra persona que fue la que en principio estableció relaciones con la CIA. Esa persona, naturalmente, es nuestro hombre de Tel Aviv… En realidad, sin él, no habríamos podido hacer nada, no habría sido posible preparar el golpe.

—¿Quién es ese hombre? —susurró Daliah.

—Olvídalo. Tengo la seguridad de que, por su parte, no ha podido haber traición. Ni tampoco el menor tallo. Imposible… Es el creador de todo esto, y me consta que lo ha preparado todo espléndidamente. Hay que buscar el fallo por otra parte. Y sólo se me ocurre que pudieron ser los mismos dos agentes de la CIA a los que maté. ¿Por qué me mira usted tan fijamente? —Se dirigió de pronto a María Piamonte.

Ésta parpadeó y bajó la mirada en silencio, como asustada. Akhar frunció el ceño y pareció a punto de insistir, pero Levi Mayer pedía en aquel momento:

—Explica bien qué has querido decir, Muslim.

El árabe tardó todavía unos segundos en apartar su mirada de aquella mujer, en cuyos ojos, por un instante, le había parecido ver

algo inquietante. Pero no. Debía haberse equivocado: una muchacha tan asustada, no podía inquietarlo lo más mínimo.

—Veamos —murmuró—: nuestro hombre de Tel Aviv soborna a dos agentes de la CIA para que consigan los planos: solamente ellos podían hacerlo. Y, en efecto, lo consiguen. Ya con los planos, van a ver a nuestro hombre de Tel Aviv, el cual toma fotocopias de ellos, los estudia, lo planea todo y ya conseguido el plan perfecto, me envía a esos dos agentes de la CIA con la copia de los planos y las instrucciones para llevar a cabo el plan. Comoquiera que yo no puedo arriesgarme a actuar en Tel Aviv, recurro a vosotros, que en otras ocasiones habéis trabajado a mis órdenes contra los israelitas en pequeñas cosas… Pero este asunto es grande. Así que no puedo permitirme el lujo de confiar en nadie, por lo que, cuando los dos agentes de la CIA vienen a verme a Esmirna, tal como les ha indicado nuestro hombre de Tel Aviv, para que me entreguen los planos y el proyecto para nuestro asunto, basado en esos planos, y a cambio de que yo les pague por fin su trabajo, lo que hago yo es matarlos. Ese suele ser el pago de todos los traidores. Luego, te llamo a ti, Levi, y tú vienes a mi casa. Allí te entrego los planos, el proyecto para la acción en Tel Aviv. Lo estudiamos, te entusiasma… Por lo tanto, sales de mi casa con los planos y te vienes aquí. ¿De acuerdo? Sí, así fueron las cosas, en efecto.

—Muy bien. Entonces, analicemos la situación: nuestro hombre de Tel Aviv está descartado como punto de partida de la CIA para localizarnos, ya que los mismos traidores a la CIA que vinieron a traerme los planos, se cuidarían muy bien de eso Tampoco creo que fuesen tan tontos de comprometerse ante sus compañeros de la CIA, ni de cometer el menor descuido que los hubiese delatado como traidores… De modo que llegaron a Esmirna limpios, sin nadie tras sus pasos…

—Eso quiere decir que la CIA consiguió la pista aquí, en Esmirna.

—Evidentemente. Sigamos analizando… Aquí, en Esmirna nadie debía conocer a los dos agentes de la CIA que vinieron a traerme los planos, así que, debemos cortar también ese punto de partida, ya que hemos dejado bien sentado que esos dos hombres vinieron aquí clandestinamente, a entregar los planos y cobrar su parte de mis manos.

—Quizá la CIA se dio cuenta de que ellos estaban cometiendo traición, y los tenía vigilados…

—No, Daliah —negó Muslim—. No puede ser. Si los hubieran estado vigilando a ellos dos, los habrían visto con nuestro hombre de Tel Aviv, y lo habrían… eliminado. Y se muy bien que nuestro hombre de Tel Aviv está esperando tranquilamente que llevemos a cabo su plan. Por lo tanto, en Esmirna solamente quedamos vosotros y yo como punto de partida para la CIA. Resumiendo: lo mismo puede ser que ese Coleman haya llegado a vosotros a través de mí, quizá porque me conoce como agente árabe en Esmirna, que haber tenido noticias mías precisamente porque os estaba vigilando a vosotros y vio a Levi visitarme. Tanto en un caso como en otro, tuvo que verte salir aquella noche de mi casa, con el portafolios… Y si hay algo que resulta irresistible para un agente secreto, es un portafolios que transporte otro agente secreto.

—Entonces…, ¿crees que vino aquí en busca del portafolios?

—¿Qué otra cosa?

—Pero entonces…, ¿está loco ese tipo? En primer lugar, hace tres días que tengo aquí el portafolios con los planos. Y en segundo lugar, si quería ese porta folios…, ¿por qué no atacó la casa, naciéndose acompañar por varios agentes más de la CIA?

—A lo mejor —sonrió astutamente Muslim—, porque ese hombre no trabaja para la CIA, Levi.

—¿Cómo? —exclamó éste—. Entonces, ¿para quién trabaja? Oh, vamos… ¿Estás sugiriendo que puede haber un servicio secreto con unos dirigentes tan estúpidos como para enviar a un hombre solo a una casa en busca de un portafolios? ¿Qué servicio secreto?

—¿Y por qué ha de ser cosa de un servicio secreto? Muy bien pudiera ser que ese hombre estuviese trabajando por su cuenta, simplemente. Sí… Tiene que ser así, Levi; de otro modo, la CIA ya nos habría aplastado a todos nosotros. La CIA o cualquier otro servicio secreto que sintiera interés por el portafolios. Yo me inclino a creer que ese hombre, ese Coleman, no trabaja más que para un solo jefe: él mismo.

—Pero… ¡está loco! —aseguró ahora Mayer—. ¿Cómo puede pretender un solo hombre afrontar situaciones como la que él mismo creó aquí anoche?

—No es un hombre corriente —murmuró Daliah.

—¡Déjate de tonterías! —rechazó Mayer—. ¡Un solo hombre es un solo hombre, por muy tigre que nos parezca! ¡Ese tipo está completamente loco!

—Lo importante —reflexionó Muslim Akhar— es convencernos de eso: de que está loco y trabaja solo, independiente… Porque si no es así, tendríamos que cavilar mucho antes de atrevernos a dar ese golpe en Tel Aviv, que quizá significase una encerrona para nosotros.

—Sabremos eso muy pronto —dijo Mayer—, porque en cuanto reciba la nota que le hemos enviado, vendrá aquí.

—¿Sí?

—Eso, o tendrá que quedarse en su hotel, esperando que le enviemos la cabeza de su mujer.

—Sería una lástima —sonrió Muslim Akhar—. Desde luego, la señora Coleman tiene que estar enterada de muchas cosas, así que podríamos ganar tiempo preguntándoselas. Tengo la certidumbre de que ella lo ha estado entendiendo todo muy bien, y que va a ser tan amable de sacarnos de dudas mientras esperamos a su marido… ¿No está de acuerdo señora? —La miró de pronto, con expresión ardiente.

María Piamonte se encogió, como si quisiera desaparecer bajo el suelo en el que continuaba tendida. Incapaz de hablar, de reaccionar, miraba espantada al imponente árabe, que parecía desnudarla con la mirada.

—¿No quiere contestar? No es usted razonable, señora.

—Yo… —María tragó saliva—, yo no sé nada de eso… que han estado hablando ustedes.

—Pero sí debe saber por qué su marido vino aquí, cómo se enteró de la existencia del señor Mayer, o de la mía. Yo soy Muslim Akhar… ¿No le dice nada ese nombre?

—No… No.

—Yo creo que sí, bella señora. Y me permito insistir en que sea usted razonable. Dígame: ¿cómo se metió su marido en esto? No tema, no la van a golpear más… No le va a ocurrir nada…, siempre y cuando prefiera contestar a mi pregunta.

—Yo no sé bien… Clark nunca me cuenta lo que hace… Estábamos en Roma, y me dijo…, me dijo que tenía que venir a Esmirna. Lo hace con frecuencia: estamos tan tranquilos, y de

pronto, me dice que tiene que salir de viaje, o me lleva con él…

—¿Adónde la lleva?

—Oh, a todos los sitios… He estado en Pekín, en Singapur, en Washington, París, Viena, Buenos Aires, Panamá, Hong Kong, Tokio, Moscú…

—¡Fiuuuu! —Silbó Mayer—. ¡También en Moscú! ¿Y qué hacen en esos sitios?

—Yo, nada. Casi siempre le espero en el hotel, y él aparece y desaparece. Luego, de pronto, dice que volvemos a Roma, y eso es todo… Bueno, siempre que volvemos a Roma, él…, él tiene mucho dinero…

—Entiendo. ¿No sabe por qué vino él a Esmirna?

—Creo que dijo… dijo que un amigo suyo, turco, le había telegrafiado, y que debía venir, porque…, porque parecía que había un buen negocio a la vista… Él vino aquí, y luego me llamó, como ha hecho otras veces, así que…, que yo vine también, dos días después… ¡No sé nada más!

—Yo creo que está diciendo la verdad —musitó Levi Mayer—. Ahora podemos comprender lo que pasó: un turco amigo de Coleman, que debe trabajar a las órdenes de ese aventurero, supo que Muslim había matado a dos hombres; luego, pudo saber que eran de la CIA, y, oliendo algo importante, llamó… al tigre.

—¿Y cómo había de saber ese turco que yo había matado a dos hombres? —rechazó Muslim.

—Debiste enterrarlos o dejar sus cadáveres en alguna parte, ¿no? —refunfuñó Mayer—. Alguien que te vigilase pudo sentir interés por lo que enterrabas o escondías. Y quizá no hiciese falta ser muy listo para saber que aquellos dos hombres muertos eran americanos, y de ahí a sospechar que eran de la CIA…

—Eso no puede ser —palideció un poco Muslim.

—¿Por qué no? Hace tiempo que estás trabajando para el servicio secreto árabe, Muslim. Y a la larga, esas cosas se saben: si te vigilaban, aunque sólo fuese rutinariamente, pudieron enterarse de…

Muslim Akhar se puso velozmente en pie.

—Volveré más tarde —dijo.

—¿Adónde vas?

—Quiero ver si aquellos dos hombres de la CIA siguen donde yo

los dejé… Si están los cadáveres, seguiremos preguntando a esa mujer. Si no están ya, tendré que aceptar todo lo que tú has dicho.

—De acuerdo. Mientras tanto, nosotros estaremos esperando a Clark Coleman, el tigre. Y otra cosa: vamos a necesitar hombres que sustituyan a los muertos y los heridos.

—Eso es cuenta vuestra, ¿no? —replicó secamente Muslim.

—Está bien… Los buscaremos hoy mismo, aunque no va a ser fácil, te lo aseguro. Y luego, habrá que ponerlos al corriente del plan… Eso retrasará la operación no menos de un día. Y un día, me parece un retraso optimista.

—Está bien… Avisaré a nuestro hombre de Tel Aviv para que esté tranquilo, Y lo haré ahora mismo, antes de ir en busca de los hombres de la CIA. Hasta luego. Ah, Daliah, una cosa: no me estropees esta mariposa —señaló a María, sonriendo—. La idea de Levi es buena: me la llevaré.

—Por diez mil dólares extra —sonrió Levi Mayer.

También Muslim Akhar sonrió ampliamente.

—Cuando cada uno tengamos nuestra parte, Levi, diez mil dólares no significarán nada. Pero está bien, no me importará echar sobre tu cabeza unos puñados más de diamantes.

Muslim Akhar abandonó el salón, y todos quedaron silenciosos…

Hasta que Daliah Kohenov susurró:

—Halim, ven; déjame tu pistola.

El turco parpadeó. Sacó su pistola, miró a María Piamonte, y una vez más vaciló. Se acercó a Daliah, tendiendo el arma, pero recordando:

—Muslim dice que quiere llevársela, Daliah.

—Se la llevará —Daliah tiró la pistola sobre el sofá y le hizo una seña a Halim, para que se inclinase—. Lo que realmente quería yo, es que no tuvieses un arma a mano, Halim.

Éste, ya inclinado, alzó la cabeza, sorprendido.

—¿Que quieres decir con…?

Las dos manos de Daliah Kohenov, como garras de vieja águila, se clavaron en el rostro de Halim, por encima de los ojos. El turco lanzó un alarido, irguiéndose y llevándose las manos allá donde la anciana siniestra había clavado las uñas. El desdichado daba trompicones de un lado a otro, sin ver, lanzando aullidos de dolor y

de miedo… Ni Mayer ni los otros se movieron. Se limitaron a mirar a su compañero, que parecía estar volviéndose loco…, hasta que, de pronto, quedó inmóvil, silencioso, de pie, todavía con las manos ante los ojos. Tan bruscamente como había quedado inmóvil, recuperó el movimiento…, pero fue para caer hacia delante, inerte.

Cayó de bruces delante mismo de María Piamonte, que estaba ahora realmente pálida, como congelada. Reaccionó en seguida, para examinar a Halim, al que dio la vuelta… Sólo unos pocos segundos fueron suficientes para que emitiese un facilísimo diagnóstico:

—Está muerto…

Daliah Kohenov se puso en pie y caminó hasta quedar delante de María, cuya cabeza estaba a la altura de las rodillas de la vieja; la cual, colocó ante los azules ojos sus manos, retorcidas, nudosas, feas, frías…, y con manchitas de sangre en las uñas. Sí… Había manchitas de sangre en aquellas uñas. Y también, en todas, un tono verdoso por encima…

—Mira bien estas uñas, mariposa. Porque si no me gusta lo que hagas mientras estés aquí, te cazaré con ellas. Y si un hombre no puede resistir el veneno que hay en ellas, menos lo resistiría una mariposa. No lo olvides: para mí, sería un placer hundir el veneno de mis uñas en tu garganta.

Dicho esto, salió del salón.

De nuevo el silencio. Levi Mayer hizo una seña, y los tres turcos se hicieron cargo del cadáver de su compañero, sacándolo de allí. Mayer encendió un cigarrillo y miró inexpresivamente a María.

—A Daliah no le gusta que le discutan sus órdenes y Halim ha sido un necio al hacerlo.

—Es…, es una mujer… horrible…

—Sí. Pero le gustan los hombres hermosos, señora Coleman. O los tigres. Usted y su marido, en verdad, han tenido mala suerte al meterse en esto. Usted irá a parar a un mercado de esclavas en la costa oriental de África…, o quizá hacia el interior. Lo cual no es envidiable, se lo aseguro. En cuanto a su marido, al… tigre, va verá qué pronto le ponen un collar y una correa.

—¿Qué…, qué quiere decir…?

—Que Daliah se quedará con él, lo domesticará y, cuando se canse, le cortará la cabeza. Me parece que ahí regresa Mitmet… Lo

cual quiere decir que, posiblemente, su marido ya debe estar en posesión de la nota que usted misma le ha escrito… Me gustaría saber cómo reaccionará al leerla… Vaya si me gustaría ver la angustia en el rostro de un tigre, se lo aseguro.

* * *

Por supuesto, Angelo Tomasini no tenía rostro de tigre, pero Levi Mayer habría podido ver perfectamente la angustia expresada en su gesto de haber estado allí cuando el mejor espía de todos los tiempos, hubo leído la nota recibida de manos del conserje… Un rostro muy bronceado, pero que quedó lívido en aquel momento; hasta el punto de que el conserje turco que hablaba árabe, se creyó obligado a preguntar:

—¿Se encuentra bien, señor? Si está enfermo, tenemos…

Angelo Tomasini le miró. Y sólo en aquel corto espacio de tiempo transcurrido entre mirar el papel y mirar al conserje, su expresión volvió a ser la misma: hermética, inexpresiva.

—No —dijo con seguridad—. No estoy enfermo. Gracias. ¿Mi esposa está arriba?

—No, señor —murmuró el hombre—. Bajó hacia el mediodía, dejó la llave aquí, y entiendo que fue al bar a esperarlo a usted… Pero se fue, señor.

—¿Con quién?

—Con un hombre. Él no es cliente del hotel.

—Gracias de nuevo. ¿Me da la llave, por favor?

Poco después, Angelo Tomasini entraba en la lujosa habitación. Sin molestarse en cerrar la puerta, fue al dormitorio, abrió el armario, y sacó de él un maletín de línea graciosamente femenina. Un maletín rojo, con florecillas azules. Cerró el armario y salió del dormitorio, llevando aquel maletín.

Cuando cerraba la puerta de la *suite*, se prometió a sí mismo:

«Es la última vez que le permito correr riesgos. El día que la maten, será como si me hubiesen matado a mi mismo…».

Capítulo IV

—No están —dijo Muslim Akhar—. Alguien se ha llevado los cadáveres de los dos agentes de la CIA, Levi.

—Está bien —susurró Mayer—. Eso quiere decir que quien se los llevó, no trabaja para la CIA. Si fuese así, ya habrían venido a por nosotros.

—Es decir —deslizó Daliah—, que ese hombre americano es un aventurero independiente.

—Así parece indicarlo todo —asintió Mayer—. Un aventurero independiente, con muchos amigos en todas partes, uno de los cuales le puso al corriente de lo sucedido a dos agentes de la CIA. Y Clark Coleman quiso sacar algún beneficio de esto.

—¿No ha venido aún? —preguntó Muslim.

—No —sonrió Mayer—. Pero vendrá.

—Nos conviene a todos que así sea —susurró Muslim Akhar—; no se puede dar ese golpe sin tener la seguridad de que la CIA está al margen de todo el asunto.

—Los únicos de la CIA que sabían algo de esto eran los dos que tú mataste —dijo Daliah.

Muslim dirigió una mirada de reojo a María Piamonte, que parecía querer fundirse en el sillón que ocupaba, siempre medrosa, siempre asustada. Él ocupó otro, y estuvo unos segundos pensativo, antes de decir:

—Lo que no comprendo es que ese Coleman, o su amigo turco, o ambos, se llevasen los cadáveres de los hombres, de la CIA. ¿Para qué podían quererlos? ¿Lo sabe usted? —Miró ahora directamente a María.

—No —respingó ella—. ¡Yo no sé nada!

—Esos dos americanos tienen que estar en alguna parte. Pero están muertos… ¿Para qué puede querer alguien a dos agentes de la CIA? ¿Para qué…?

* * *

A miles de kilómetros de allí, en el John Foster Dulles Airport, cerca de Washington, estaba amaneciendo. Un amanecer frío, neblinoso. Un grupo de cuatro hombres había estado esperando pacientemente la llegada de un avión que no fue anunciado en parte alguna.

Pero el avión había llegado. Envuelto en neblina, todavía casi de noche, lanzando sus amarillentos haces de luz hacia la pista que alguien, tan discretamente, había asignado al piloto…

Uno de los cuatro nombres tenía una pequeña radio en la enguantada mano derecha, por la cual acababa de recibir un mensaje. Dijo «Okay», cerró la radio, se volvió hacia uno de los otros hombres, y dijo:

—Finalmente, han llegado, señor. En ese avión.

Señaló hacia la niebla, a través de la cual se veían las luces del aparato, deslizándose ahora por tierra, cada vez más lentamente.

—Vamos al coche —dijo el otro.

Fueron los cuatro hacia el coche. El último hombre en hablar cojeaba ligeramente. Sus cabellos eran entrecanos, sus ojos grises, su mandíbula recia, firme, sólida… Se sentó atrás, y ya todos en el coche, éste partió hacia donde, definitivamente, se había detenido el avión de carga. Cuando llegaron allá, una escalerilla estaba a un costado del avión. Abajo, en la pista, dos hombres, expectantes, casi vigilantes, sombríos, como desconfiando de los que llegaban en el coche.

El primero en salir fue el hombre que cojeaba, y, al verlo, los dos que vigilaban la escalerilla del avión se relajaron en el acto.

—Tranquilos —susurró uno—. Ese es míster Cavanagh.

El renqueante míster Cavanagh, llegó ante la escalerilla y emprendió el ascenso. Arriba, había dos hombres más, uno de ellos el piloto, mientras el copiloto estaba aún a los mandos, recibiendo aún las últimas instrucciones de la torre de control del aeropuerto.

—Quiero verlos —dijo míster Cavanagh.

—Sí, señor.

Los dos hombres de vigilancia, que habían subido tras, él, señalaron hacia la popa del avión. Fueron todos allí. Entre otras cosas, probablemente de carga normal, había dos grandes cajas de madera, sin inscripción alguna. Las tapas fueron levantadas… Y a la

fría luz del interior del aparato, en cada una de ellas pudieron ver a un hombre muerto; lívidos, como si fuesen de cera. Exactamente como figuras de cera. Pero debían ser mucho más reales, más auténticos, porque en sus bocas, oídos y orificios nasales, se veían densos puñados de algodón, que al parecer y de momento, retenían en el interior de los cuerpos el hedor de la descomposición.

Prendidas en las ropas de cada uno de los cadáveres, había un papel. Míster Cavanagh los retiró los dos y los leyó. Decían lo mismo, en letra delicada, femenina, elegante…, aunque un tanto temblorosa, era evidente:

«Dios perdone y acoja a este espía llamado Simón. Y quiera Él que reciba tierra en la Patria».

—Señor…

Míster Cavanagh se volvió hacia el hombre que le había tocado en un brazo, uno de los que habían estado esperando con él.

—¿Sí, Maxwell? —susurró.

—Esto solamente ha podido escribirlo ella, señor.

—Lo sé. Lo que no sé es qué hace Baby en Esmirna, ni cómo pudo enterarse de esto. —Miró a los dos agentes de la CIA llegados en el avión, custodiando a los cadáveres—. ¿Qué pueden decirme ustedes al respecto?

—Nada, señor. Lo siento.

—Pero todo esto ha tenido que seguir un proceso hasta que ustedes avisaron su llegada con… con dos bajas en el servicio.

—Sí, señor, desde luego. Nosotros pertenecemos a la célula de Istanbul, y estábamos…

—Sé muy bien que ustedes están destinados en Istanbul… Yo mismo los envié allí. Del mismo modo que envié a Jess Hawkins y Alfred Dirkman a Tel Aviv. —Señaló a los dos muertos—. Ahora, díganme lo demás.

—Sí, señor. Nosotros estábamos en Istanbul y recibimos una llamada por radio. Era una voz de mujer. Al principio creímos que había alguna interferencia que… Bueno, ya sé que en nuestra onda de Istanbul eso no es fácil, señor… Lo que quiero decir…

—Recibieron una llamada. ¿Baby?

—Sí, señor. Era ella. Pero no dio explicaciones de ninguna clase. Por un momento, pensamos en… hacer caso omiso a sus indicaciones, pensando que podía ser…, no sé…, una broma, o algo

parecido. Pero ella dijo textualmente: «Esto no es ninguna broma, soy Baby, y quiero que me obedezcan ahora mismo. De lo contrario, pediré en Washington la lista de la plantilla de Istanbul, y todos ustedes serán dados de baja en la CIA automáticamente». Bien, señor, todos los agentes de la CIA sabemos que una orden de Baby, por disparatada que parezca, debe ser obedecida en cualquier parte del mundo, así que nos dispusimos a obedecer esas órdenes… Tomamos un avión de los nuestros y volamos hacia Esmirna. Aterrizamos allá, y llamamos por la radio. Siempre siguiendo instrucciones de Baby, llamamos por la radio de bolsillo, que previamente habíamos preparado en Istanbul, por supuesto con onda Turquía… Nos contestó un hombre, en inglés, y nos dijo que fuésemos a la sala de espera del aeropuerto de Esmirna. Así lo hicimos. Al poco de estar allí, un turco se acercó a nosotros y nos preguntó si éramos Simón-Istanbul I y Simón-Istanbul II. Le dijimos que sí, y el hombre dijo que tenía un encargo para nosotros. Nos llevó hasta una vieja camioneta, y allá dentro estaban ellos —señaló a los muertos—. Aquel turco dijo que la mujer de los ojos azules había ordenado que los dos muertos fuesen llevados a Estados Unidos. Nosotros aceptamos el encargo, avisamos desde Istanbul antes de tomar el avión grande, y… eso es todo, señor.

—¿No vieron a Baby?

—No, señor.

—¿Ni recibieron ninguna explicación más?

—No… No, señor; lo siento.

—De acuerdo. Nos ocuparemos de esto. —Se quedó mirando sombríamente los cadáveres y susurró—: Es bien cierto que los espías viajan en ataúd…

—¿Cómo dice, señor?

—Nada… Yo me entiendo. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero… Dios tenga piedad de quienes mataron a estos dos agentes de la CIA, a estos dos Simones; están condenados a muerte.

* * *

—Me parece —sonrió Mayer— que tendremos que cortarle la cabeza, señora Coleman. Al parecer, nos hemos equivocado respecto al gran amor que su marido siente por usted: yo diría que no piensa

venir.

María Piamonte parecía incapaz de otra cosa que no fuese mirar a todos con los ojos muy abiertos, como un cervatillo asustado. Daliah Kohenov le dirigió una, maligna mirada a través del humo del rubio y aromático cigarrillo turco que estaba fumando. Muslim Akhar era el que parecía más preocupado de todos.

Y él mismo dijo por qué estaba preocupado:

—Si ese hombre no viene, no podremos dar el golpe, por muchos hombres que encontremos.

—¿En qué puede perjudicarnos él? —rechazó Daliah—. Además, ni siquiera sabe lo que estamos preparando, Muslim.

—Quizá no. Pero sí sabe que hemos matado a dos agentes de la CIA.

—¿Y qué? —se sorprendió Mayer.

—Pues que si se ha disgustado con nosotros por retener a su mujer, quizá se lo juegue el todo por el todo avisando a la CIA de lo sucedido, para que le ayuden, y al mismo tiempo poner a la CIA sobre nuestros pasos. La CIA aceptaría ayudarle en esas condiciones.

Daliah y Levi se quedaron mirando, de pronto pálidos, al muy reflexivo, juicioso y precavido Muslim Akhar. Claro que si Clark Coleman hacía eso, podía dar por segura la muerte de su mujer, pero… ¿acaso no debía haber comprendido que, de todos modos, aunque él se metiese en la trampa por ella, ninguno de los dos saldría con vida de aquella aventura? En tales circunstancias, solamente un loco sería capaz de acudir a entregarse a cambio de una mujer…

Afuera se oyeron unos gritos, el frenazo de un coche. Luego, más voces; finalmente, una llamada a la puerta. Mayer miró a Mehmet, y le hizo una seña hacia la puerta. El turco salió, y poco después regresó…, detrás del tigre, apuntándole con su pistola.

—¡Angelo! —exclamó María, como si todos sus problemas hubiesen terminado.

Se puso en pie y corrió hacia él, echándole en sus brazos, Levi Mayer y Muslim Akhar, que posiblemente eran los únicos que ni siquiera habían vislumbrado anteriormente al tigre, estaban mirándole atónitos, estupefactos ante su estatura, su aspecto general, su seguridad, su aplomo… Daliah Kohenov, que había respingado al verlo aparecer, había vuelto a palidecer, y luego sus

ojos de ratón se habían entornado, como queriendo ocultar el sucio brillo en ellos, mientras su boca y sus verrugas se movían en brevísimos gestos espasmódicos.

—Cálmate —dijo con toda naturalidad Angelo Tomasini—. Ya estoy aquí, nada va a pasarte, María… Vamos, cálmate.

—Angelo, quieren… quieren… cortarme la cabeza…

—Bueno —él sonrió y tomó entre sus grandes manos el rostro femenino—. Ya veremos eso, mi amor. De todos modos, no sería la primera vez que perdemos la cabeza… Te he traído tu maletín; ya sabes que no me gusta que descuides tu maquillaje, el peinado… ¿Estás bien?

María Piamonte alzó los brazos, quedó colgada del cuello de Angelo Tomasini, y le besó en los labios. Estuvieron así, abrazados y besándose, como si estuvieran solos… Pero no estaban solos. Los turcos, Levi Mayer y Muslim Akhar no salían de su estupefacción. Y Daliah Kohenov, lívida, lanzó un alarido, de pronto:

—¡Separadlos! ¡Separadlos ahora mismo!

Los tres turcos dieron un paso hacia la sensacional pareja, pero entonces, Angelo Tomasini dejó de besar a María y los miró uno a uno. Sencillamente, los miró, mientras mantenía abrazada contra su pecho a María… Y los tres turcos quedaron como clavados al suelo al recibir, uno por uno, aquella mirada, que puso un frío intenso en sus espaldas, en todo su cuerpo, como paralizándolos…

—¿Quién es la bruja, mi amor? —preguntó, volviendo a mirar los bellísimos ojos azules que se alzaban hacia él.

—No lo sé… ¡Pero lleva veneno en las uñas!

—Entonces, debe ser una tarántula… ¿Qué te ha pasado? Te veo muy despeinada, María.

—Me… me pegaron, y me metieron la cabeza en el surtidor…

—Ah… Quedo informado. Ven, ya te he dicho que no me gusta verte descuidada.

La llevó hacia el sofá, la sentó y él se sentó a su lado. Abrió el maletín rojo con florecillas azules, sacó el cepillo para el cabello y lo pasó suavemente por los largos, ondulados cabellos negros de María, que sonreía dulcemente, como olvidada de todo lo que no fuese la presencia de Angelo Tomasini.

—Me gusta que me peines tú, Angelo —dijo ella.

—Ya lo sé. Y a mí me gusta peinarte. Dime, María: ¿les has

dicho algo sobre mí?

—Les he dicho que… que te llamas en realidad Clark Coleman… Angelo, perdóname, perdóname…

—No te preocupes.

—Me… me han preguntado si eres de la CIA.

—Muy divertido —sonrió él, secamente; pero de pronto quedó muy serio—. Te has vuelto a cortar el cabello durante mi última ausencia de Roma, ¿verdad?

—Sólo un poco… Sólo las puntas, Angelo…

—No vuelvas a hacerlo —refunfuñó él—. Yo te diré cuándo puedes cortártelo.

—Sí, Angelo… Lo que tú digas.

—Eso es… ¿Te han dejado fumar?

—No.

Él miró con el ceño fruncido a los petrificados personajes, sacó un paquete de cigarrillos del maletín, y encendió dos: Puso uno de ellos entre los labios de María, después de besarlos, y le acarició una mejilla.

—Ahora, mientras yo hablo con estas personas, no intervengas, María. No te asustes por nada, no digas nada… No intervengas. ¿Está claro, mi amor?

—Sí, amor mío.

—Eso es. Bien. —Tomasini se puso el cigarrillo en un lado de la boca y miró hacia Muslim y Mayer con los ojos entornados—. ¿Cuál es el trato?

—¿El trato? —Se pasmó de nuevo Mayer.

—Usted no está en condiciones de hacer tratos —aseguró Muslim.

Angelo Tomasini los miró como si fuesen dos perfectos imbéciles. Luego, miró a la admirada, casi desfallecida Daliah Kohenov, la repugnante vieja.

—¿Usted también piensa eso, señora? —preguntó.

—¿Qué?

—Le pregunto que si usted, igual que sus dos amigos, también cree que he venido aquí como un tonto, sin tomar precauciones.

—¿Qué quiere decir? —Respingó Muslim.

—Oiga, dejémonos de tonterías —frunció el ceño Angelo—. Ustedes están ganando la partida, por el momento. Y, ciertamente,

si nos matan a María y a mí, nosotros la habremos perdido sin remisión. Pero si hacen eso, ustedes también van a perderla; tengo unos cuantos amigos que, salvo que yo les dé contraorden, están preparando un ataque contra esta casa.

—Eso es mentira —jadeó Mayer.

—Y usted es un cretino —Angelo Tomasini, impávido, dio una chupada al cigarrillo y pasó un brazo por los hombros de María, apretándola contra su costado derecho—. Le aseguro que no está tratando con ningún novato. Como pequeña muestra de que sí estoy en condiciones de hacer tratos, les diré que si algo nos ocurre a María y a mí, la CIA sabrá muy pronto lo ocurrido; me refiero a sus dos agentes asesinados.

—¿De qué está hablando?

Angelo le dirigió una torva mirada de auténtico disgusto.

—Mire, Mayer o hablarnos en serio, o la conversación ha terminado. ¿De acuerdo?

—Usted está intentando…

—¿Qué hizo con los cadáveres de los dos hombres de la CIA, Coleman? —cortó secamente Muslim Akhar.

—Eso está mejor —lo miró aprobativamente Tomasini—. Así que a partir de ahora, vamos a entendernos, Akhar. Escuchen bien, porque no me gusta ser reiterativo: un amigo mío sabe que usted es agente secreto del bloque árabe, y como otros muchos amigos míos repartidos en Europa y buena parte del norte de África, siempre está atento a lo que ocurre a su alrededor. De vez en cuando, yo recibo informes de esos amigos Pues bien, el que le conoce a usted, le vio en contacto con dos hombres blancos. Presumiblemente, americanos. Y como sabe que yo soy americano, se interesó por el asunto. Como consecuencia, supo que usted había matado a esos dos americanos, y lo estuvo siguiendo hasta el lugar donde los enterró. Me avisó, fuimos a desenterrar los dos cadáveres, yo me cercioré de que eran americanos, y me dediqué a vigilarlo a usted. Muy poco tiempo, porque en seguida llegó Levi Mayer, estuvo en su casa, y salió con un portafolios un par de horas más tarde. Lo seguí hasta esta villa y me dije que ese portafolios podía ser muy interesante.

—¿Quería usted apoderarse de él para devolverlo a los americanos?

Una dura mueca apareció en la boca de Número Uno.

—No —negó, secamente—. Hace tiempo que mis compatriotas y yo no nos entendemos. En la actualidad, por lo tanto, a mí sólo me interesa el dinero. Pensé que ese portafolios era interesante y que podía venderlo en mi exclusivo beneficio…

—¿A quién pensaba venderlo?

—A quien me pagase más.

—Entonces, es cierto… Usted es un aventurero que no recibe órdenes de nadie.

—En efecto. Pero llevo muchos años metido en asuntos de esta clase; así que no necesito asesoramiento por parte de nadie. Sé desenvolverme. ¿No se han preguntado cómo pude ser tan loco de atacar yo solo anoche esta casa?

—¡Desde luego que nos lo hemos preguntado! —exclamó Mayer.

—Pues bien, fue porque tenía guardadas las espaldas. Si conseguía el portafolios, lo que pudiese obtener por él sería para mí solo. Si fallaba, siempre estaba en disposición de aceptar un trato de ustedes.

—Nuestros hombres pudieron matarlo —susurró Daliah.

—Difícilmente. En primer lugar, llevaba un chaleco especial contra balas. Y en segundo lugar, sé muy bien cuándo llega el momento de dejar caer la pistola y alzar los brazos, señora. Una vez prisionero de ustedes, volvemos a lo mismo: podía aceptar tratos. Y si quieren saber qué me hacía estar tan seguro, se lo diré: algunos amigos míos tienen los dos cadáveres de los americanos y, naturalmente, los conocen a ustedes. Si anoche me hubiesen matado, o si decidiesen hacerlo ahora, mis amigos llevarán esos cadáveres a ciertos agentes americanos que yo conozco, y les dirán dónde están las personas que los mataron. Si por el contrario, María y yo seguimos con vida, mis amigos esperarán mis instrucciones. Cierto que pueden matarnos a María y a mí ahora mismo, pero… ¿para qué?

—Usted mató a tres de los nuestros —gruñó Mayer.

El mejor espía de todos los tiempos sonrió.

—Cuando veinte hombres no saben guardar una sola casa, no merecen nada mucho mejor que unos balazos —replicó—. ¿Qué es lo que quiere expresar con sus palabras? ¿Que piensa vengar esas tres muertes matándonos a María y a mí? Bueno, nosotros

perderíamos la vida, y ustedes no durarían mucho en cuanto la CIA recibiese cierto aviso por parte de mis amigos. María y yo morimos: ustedes también morirían muy pronto. ¿Les parece eso inteligente?

Todos miraban como fascinados a Angelo Tomasini, cuya personalidad era aplastante. Durante unos segundos, nadie se movió. Por fin, Muslim Akhar se pasó la mano por la barba, pensativo.

—¿Qué propone usted? —preguntó finalmente.

—¿Yo? Nada. He jugado a mi aire, y he perdido. Lo que yo pienso es que cuando no se puede vencer al enemigo, lo mejor es unirse a él.

—¿Quiere decir que se uniría usted a nosotros?

—No creo que sea tan malo como morir. Estoy seguro de que siempre habrá una posibilidad de entre nosotros.

—Está bien —dijo Akhar—. Díganos donde están sus amigos y los cadáveres de los agentes de la CIA y ya veremos.

—Es un buen chiste —sonrió con desprecio Angelo—. Vamos, Akhar, vamos… ¿Le parezco un pobre imbécil? Hagamos un, trato. María y yo salimos vivos de aquí y les garantizo que yo respetaré el pacto. Estoy acostumbrado a estas pequeñas incidencias, y nunca me enemisto con quien ya me conoce. Le diré más: en circunstancias parecidas a éstas me he encontrado muchas veces, y luego, todo lo que ha ocurrido es que las personas que trataron conmigo se convirtieron en… clientes míos.

—¿Clientes?

—Quiero decir que, posteriormente, me han encargado diversos trabajos, que siempre he cumplido a satisfacción de mis clientes. Es un modo como otro de quedar como buenos amigos. Hay que saber perder Akhar.

—¿Quiere decir que trabajaría para nosotros? —murmuró Daliah Kohenov.

—Repetiré mi respuesta: no creo que sea tan malo como morir. Está claro que ustedes están tramando algo. Bueno… Yo les ayudo, me dan unos cuantos dólares, María y yo nos vamos…, y a lo mejor más adelante vuelven a necesitar mis servicios, que prestaría con mucho gusto. Al fin y al cabo, vivo espléndidamente dedicándome a cosas así… ¿No es cierto, María?

La apretó más contra él, y María sonrió apretándose a su vez

contra el imperturbable espía. Daliah Kohenov, Levi Mayer y Muslim Akhar cambiaron unas miradas.

Por fin, Mayer dijo:

—Los vamos a encerrar a ustedes mientras tomamos una decisión, Coleman.

—Me parece razonable.

—Pero separados —deslizó Daliah—. ¡Quiero que los encierren en cuartos separados!

María Piamonte respingó y se apretó aún más contra Angelo Tomasini. Pero éste la apartó suavemente y le pasó un dedo por el hoyuelo de la barbilla, sonriendo.

—Tranquilízate, mi amor —susurró—. Nada va a ocurrirte. Tan sólo con que te molesten un poquito, sea en el sentido que sea, tu Angelo te promete que no quedará cabeza sobre cuello en esta casa.

Poco después, cuando Angelo Tomasini se hallaba solo en el cuarto que le habían destinado, la puerta se abrió y Daliah entró, dejando afuera a dos de sus hombres. Cerró la puerta y se quedó mirando a Número Uno, que estaba tumbado en la cama, fumando.

Se acercó y se sentó junto a él, en el borde de la cama.

—¿La amas? —susurró.

Uno frunció el ceño. Luego, sonrió secamente.

—Es imposible no amar a una mujer como María —dijo.

—¿Y qué hacéis? ¿Qué hacéis en vuestra intimidad?

—No te importa.

—¡Quiero que me lo digas! ¡Quiero que me digas qué hacéis cuando estáis los dos en la cama!

—Hacemos lo normal —pareció divertido el espía—. Es una tontería preguntar qué hacen un hombre y una mujer en la cama. Nos besamos.

—Yo también quiero besarte… ¡Quiero hacerlo!

—Olvídelo. Mire, señora, le estoy siguiendo el juego como si fuésemos viejos amigos, pero no lo somos, así que ni siquiera vamos a tutearnos. Márchese de aquí y olvidemos esta tontería, ¿le parece?

—No… Quiero besarte como ella… ¡Y lo voy a hacer ahora mismo! ¡Vas a ser para mí…!

Daliah llevó la mano al pantalón de Número Uno, que por un momento, atónito, no acertó a reaccionar. Ella lanzó un agudo grito que parecía de fiera en celo. Inmediatamente, comenzó a inclinarse

sobre Número Uno, que reaccionó por fin, giró y saltó de la cama por el otro lado, procediendo a abrocharse inmediatamente…, mientras Daliah gateaba por encima de la cama, desorbitados los ojos.

—Dámelo —gimió—. ¡Dámelo, déjame que lo haga, déjame…!

Cayó a los pies de Uno, que retrocedió en el acto y fue a la puerta, la abrió y se colocó a un lado. Afuera, en el pasillo, los hombres de Daliah contemplaron estupefactos la escena.

—¡Fuera de aquí, cerda! —dijo fríamente el espía.

Daliah miró a sus hombres, de nuevo a Número Uno. Sentía un fuego devorador, pero de ninguna manera daría la satisfacción a sus hombres de verla convertida en un animal sediento de amor… Notando como si la cabeza le fuese a estallar, ahogándose en su rabia y en su deseo, se puso en pie y fue hacia la puerta.

Antes de salir, todavía pudo jadear:

—Está bien… Haremos como si nada hubiese sucedido. ¡Pero te arrepentirás de esto! A menos… que cambies de opinión y complazcas mis deseos. Quizá cuando vuelva aquí hayas cambiado de actitud:

Salió del dormitorio. Número Uno regresó a la cama, volvió a tenderse y se quedó mirando fijo al techo Un estremecimiento de asco recorrió su cuerpo… al recordar que, sin duda alguna, Daliah Kohenov volvería por allí.

Capítulo V

La puerta del cuarto donde estaba encerrado Angelo Tomasini se abrió y apareció Daliah Kohenov, relucientes los ojos. Por detrás de ella, el espía vio a los tres hombres armados que, sumados a los otros tres que, había en el exterior, ante la ventana, sumaban seis para vigilar que no escapase.

Daliah cerró la puerta y se acercó a Angelo, que la miraba con gesto interrogante, sentado en el borde de la cama, fumando. Ella fue a sentarse a su lado, y se quedó mirándolo como si pudiera devorarlo. Angelo contuvo una dura sonrisa ante aquella anciana desquiciada.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—Por lo que a mí respecta, sí —ella tomó una de las poderosas manos masculinas y se quedó mirándola como trastornada—. He dicho que mi voto es favorable a su proposición, Clark. Levi y Muslim se han quedado tomando la última decisión.

—Agradezco su voto… ¿Huele usted a «Notte Maravigliosa», señora? Lo conozco porque es un perfume de María.

—Lo tomé de su maletín… Y no me llamé señora, ni bruja —tembló su voz.

—Me parece que se ha echado encima demasiado perfume.

—¿Le molesta?

—Francamente, sí.

—Puedo… bañarme. —Daliah señaló hacia la puerta del cuarto de baño—. Pero tendría que ayudarme usted.

—Ya tiene edad para bañarse sola, señora.

—¡No me llames señora! —gritó ella—. ¡Llámame Daliah, eso es todo! Quiero que me llames Daliah… y que me abraces, y me digas «mi amor»… Y que me beses —jadeó—. ¡Bésame!

—No diga tonterías.

—¡Quiero que me beses!

—Hay caprichos verdaderamente cómicos, Daliah.

—No es un capricho… Te amo… ¡Te amo! No he podido olvidarte desde que anoche apareciste en mi dormitorio… ¡No podré olvidarte nunca, nunca, nunca…!

—Cálmese, si oyen sus gritos van a creer que la estoy agrediendo.

—Dime «amor mío»… ¡Dime «amor mío», y bésame! —Ella se inclinó sobre la nervuda mano del espía y comenzó a besarla, pero Número Uno la retiró de un tirón—. ¡No hagas eso! ¡Quiero besarte y que me beses!

—Será mejor que comprenda mi postura —dijo siempre imperturbable Angelo—. Prefiero morir de un tiro que de asco, Daliah.

—¿Me tienes asco?

—Bastante.

Ella se puso en pie de un salto, y se quedó mirándolo, con expresión desorbitada, temblando.

—Me tienes asco… ¡Está bien, haré que la maten a ella, a tu María! ¡Haré lo que Levi sugirió: venderla en un mercado africano de esclavas para que se la lleve algún jeque del deserto, o algún negro rico, o…! ¡No me importará lo que pase!

—Tranquilícese. Hemos hecho un trato y…

—No… No va a servir ese trato… ¿Sabes quién manda aquí, en este grupo? ¡Yo! Levi es sólo mi segundo. Y Muslim es sólo un cliente, al que igual podré complacer sin tu ayuda… Yo he dicho que un hombre como tú puede garantizarnos la operación, pero ya estábamos dispuestos a realizarla sin alguien como tú… ¡Se hará lo que yo diga! Y voy a… voy a entregar a tu María a todos mis hombres, y luego la enviaré a África… ¿Lo entiendes? ¡Lo entiendes!

—Desde luego.

—¡Entonces, bésame! ¡Bésame!

Angelo Tomasini se quedó un par de segundos mirando el cigarrillo que estaba fumando. Luego lo dejó caer, se puso en pie… y la puerta del cuarto se abrió, dejando paso a Levi Mayer.

—De acuerdo —dijo—. Hemos decidido…

—¡Fuera! —gritó Daliah—. ¡Fuera de aquí!

—¿Qué pasa? —Respingó Mayer.

—¡Fuera de aquí!

—Calmémonos —dijo Angelo, poniendo una mano sobre un hombro de la bruja—. Hay tiempo para todo, Daliah, mi amor. Y creo que lo primero es lo primero.

Levi Mayer estaba ahora estupefacto. Daliah, por su parte, miraba como alucinada la bronceada mano de Angelo sobre su flaco y huesudo hombro… Y todavía resonaban en sus oídos aquellas dos palabras: «Mi amor»… Cuando miró los ojos de Número Uno, los suyos brillaban como si dentro tuviese un fuego negro…

—Dilo otra vez —jadeó—. ¡Dilo otra vez!

—De acuerdo, mi amor. Hay tiempo para todo. Escucha, tengo una pequeña villa en Capri, a la que podemos ir después que todo esto termine. Necesito ese dinero porque últimamente las cosas no me han ido tan bien como he querido haceros creer. Necesito ese dinero, Daliah, ¿lo entiendes? Luego, tú y yo nos iremos a pasar unos días de… descanso en mi villa de Capri.

—¿Solos?

—María se quedará en la casa de Roma. Vamos, Daliah. —La hermosa mano masculina apretó cariñosamente el huesudo hombro —. Sé razonable.

—Me estás engañando. Quieres engañarme.

—No. —Número Uno se inclinó y besó en los labios a Daliah Kohenov—. No te engaño, Daliah. Y ahora, veamos qué tienen que decirme Mayer y Akhar. ¿Está bien?

Daliah Kohenov ni siquiera pudo contestar. Había cerrado los ojos, y todo su viejo cuerpo temblaba violentamente. Angelo le acarició una mejilla, miró a Mayer y se dirigió hacia la puerta. Ni siquiera tenía un pie fuera del cuarto cuando ya los tres hombres armados le apuntaban nerviosamente, como esperando, temiendo más bien la descarga de una súbita y terrible tormenta.

Pero por detrás de Angelo, Levi Mayer hizo una seña y salió también. No sin alivio, los tres hombres comprendieron que no había peligro, por el momento, y bajaron sus armas. Mayer se colocó ante Angelo y se quedó mirándole fijamente. Ya no parecía el Levi Mayer sonriente, bienhumorado, irónico, superficial… Sus claros ojos parecían taladrar los negros de Angelo Tomasini. Durante unos segundos, permanecieron así, como estudiándose, firmes los dos, fuertes, sabiendo al mismo tiempo que también el

otro era fuerte…

—Venga —dijo de pronto Mayer—, Muslim y yo queremos exponerle de qué se trata y estudiar las posibilidades de ayuda que usted puede ofrecernos. Quizá hagamos el trato finalmente.

—Está bien.

Mayer lo guió hacia un despacho, en el cual esperaba Muslim Akhar, fumando apaciblemente. La mirada de Número Uno descubrió en el acto, tras él, la empotrada caja fuerte, que estaba abierta. Sobre la mesa había varios papeles extendidos. A un lado, una botella de *whisky* escocés y dos vasos.

—¿Quiere un trago? —preguntó Muslim, mientras Mayer cerraba la puerta.

—Desde luego.

Muslim se procuró otro vaso, en el que sirvió *whisky*. Luego, señaló el paquete de cigarrillos, y mientras Angelo encendía uno, el árabe bebió un sorbo de *whisky*, con evidente placer.

—¿No le prohibe su religión beber estas cosas? —preguntó un tanto irónico el espía.

—También me prohibe robar, y pienso robar —sonrió Muslim—. Haga un cálculo, Coleman.

—¿Sobre la cantidad que vamos a robar? No sé… ¿Un millón de dólares?

—Cuarenta millones.

—¿De dólares? —se sorprendió realmente Número Uno.

—Sí, de dólares.

—Interesante. ¿Dónde?

Muslim señaló los papeles que había sobre la mesa.

—Vea, esto es lo que contenía el portafolios que usted quiso robar anoche; el que yo entregué hace días a Levi, junto con estas instrucciones. —Movió otros papeles, escritos a máquina—. El golpe ha sido planeado a la perfección por una persona que reside en Tel Aviv.

—¿El robo va a ser en Tel Aviv?

—Sí. Eche una mirada a estos planos y vea si puede sacar alguna conclusión. ¿O quizá no ha estado usted en Tel Aviv nunca?

—Yo he estado en todas partes. —Número Uno se sentó, con el cigarrillo colgando de los labios y se dedicó a examinar aquellos planos; de pronto, lanzó una maldición—. ¿Están locos? ¡Estos

planos son del edificio del Centro de Diamantes de Tel Aviv!

—Ya le he dicho que el golpe sería en Tel Aviv.

—Pero… ¡el Centro de Diamantes! Seguramente es el lugar más vigilado de todo Israel, así que… —De pronto, una seca sonrisa estiró los delgados y duros labios del espía—. Bien… ¿Por qué no?

—¿Se atreve?

—Yo me atrevo a todo, Akhar… Y le diré más: esto es lo mío.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que tiene la suficiente envergadura para que valga la pena arriesgar el pellejo. Esta es la clase de cosas que a mí me gusta hacer, se lo aseguro… Demonios, ¡me alegro de que sea en verdad tan importante!

—Parece que nos vamos a entender bien —sonrió Akhar—. Por el Centro de Diamantes de Tel Aviv pasan anualmente cerca de cuatrocientos, o quizá de quinientos millones de dólares en diamantes… Últimamente, Israel se ha dedicado con gran éxito a la actividad de la talla de diamantes, lo cual le produce muy buenos beneficios cada año. Todo el mundo sabe que los israelitas compran los diamantes en bruto a la Unión Sudafricana, principalmente, aunque también a otros países, e incluso a Rusia, si bien a ésta de un modo indirecto, por obvios motivos políticos, claro está. El hecho cierto es que en Israel, y concretamente en el Centro de Diamantes de Tel Aviv, circulan cada año unos quinientos millones de dólares de diamantes para ser tallados allí y luego vendidos en todo el mundo, preferentemente en Estados Unidos y Europa. Es un buen negocio, y con él, los israelitas están consiguiendo unos muy buenos ingresos que contribuirán a paliar su deuda exterior, originada básicamente per la compra de armamento. Bien, sabemos que durante toda esta semana habrá en el Centro de Diamantes la mayor cantidad jamás reunida en ese edificio de veintitrés pisos de mármol y cristal; unos ochenta millones de dólares, siempre en diamantes, entiéndalo.

—Si hay cien u ochenta millones, ¿por qué llevarnos sólo cuarenta? —murmuró Angelo.

—Factor tiempo. Hasta es posible que la cantidad que podamos conseguir sea menor, pero desde luego nunca inferior a los treinta millones. No podemos abarcarlo todo, así que tenemos que conformarnos con la parte de ese lote que ya haya sido tallada, y

esté lista para la exportación. Es más rápido, cómodo y conveniente, ya que no es lo mismo vender diamantes en bruto que diamantes ya tallados.

—Lo entiendo. ¿A quién los venderemos?

—Nuestro hombre en Tel Aviv se encarga de eso.

—¿Habrá que entregar los diamantes a ese hombre?

—Sí. Pero no en Tel Aviv; él vendrá aquí a buscarlos, llamará al comprador, cobrará en efectivo, dólares americanos y nos pagará.

—¿Cuánto nos pagará?

—Nuestro hombre de Tel Aviv se quedará el cincuenta por ciento. El otro cincuenta por ciento será para nosotros.

—¿Y cuál será mi parte?

—Tanto si nosotros recibimos quince millones como si recibimos veinte, usted se llevará un millón.

Angelo Tomasini entornó los ojos para mirar fríamente a los dos hombres, uno a uno, despacio.

—¿Van a pagarme un millón de dólares? —susurró.

—Si su colaboración está a la altura que esperamos, si. Me da la impresión de que su parte le satisface, Coleman.

—Será la primera vez que cobro un millón de dólares. Me satisface mucho. Sin embargo, hay cosas que todavía no entiendo… y no me gusta meterme a ciegas en ningún asunto, por bueno que parezca.

—¿Cuáles son sus dudas? —intervino Mayer.

—¿Quién ha preparado esto?

—Ya se le ha dicho que un hombre que reside en Tel Aviv; él está muy bien enterado de esto de los diamantes. Pero habría sido muy arriesgado y acusador para él conseguir por sí mismo todos estos planos, de manera que sobornó a dos agentes de la CIA bien introducidos en Tel Aviv. Los dos agentes de la CIA consiguieron los planos y nuestro hombre de Tel Aviv nos los envió aquí.

—Y usted —miró Angelo a Akhar— los mató.

—Había que hacerlo. El asunto es demasiado importante para dejar atrás nada menos que a dos agentes de la CIA, que ya habían traicionado a ésta; podían ser descubiertos en un momento dado, en cuya caso, tanto nuestro hombre de Tel Aviv como nosotros nos habríamos quedado un tanto en peligro. Había que matar a esos dos traidores americanos.

—Lo entiendo. Pero sigamos hablando de traidores. —Ahora, Angelo miró a Mayer—. ¿Acaso usted no es israelita?

—Sí.

—¿Y va a asestar semejante golpe a la economía de su país, precisamente cuando más dinero precisa Israel?

—No me diga que en Estados Unidos ningún estadounidense atraca sus propios Bancos —sonrió sarcásticamente Mayer.

—Ya. Otra cosa: ¿y Daliah?

—Daliah dirige todo esto, querido amigo —refunfuñó Mayer—. Es la inteligencia del grupo. Aunque… en el caso de usted, me parece que no está utilizando su inteligencia. ¿Qué es lo que pretende usted respecto a ella? Y no me diga que realmente se ha enamorado y que la llama «amor mío» con pleno convencimiento.

—Eso no es asunto suyo. ¿Daliah es rusa?

—Judía —gruñó Mayer—. También israelita. Su verdadero nombre es Daliah Cohen. Ella sovietizó su apellido transformándolo en Kohenov.

—De donde se desprende que todo esto no es ninguna maniobra del espionaje ruso, sino una acción particular, digamos de… nuestro hombre de Tel Aviv. ¿Ese hombre es israelita también?

—Sí. Pero no haga más preguntas sobre él, Coleman. Ni sobre ninguna otra cosa. Solamente tome una decisión final: ¿sí o no?

—Desde luego que sí.

—Muy bien. Aquí tiene los planos y las instrucciones para asaltar el Centro de Diamantes. Entérese bien de todo y luego díganos qué le parece, de cuántos hombres puede disponer que sean lo bastante inteligentes para ser preparados en veinticuatro horas para salir de Esmirna, y si procede, haga cuantas sugerencias crea buenas.

—Veinticuatro horas es muy poco tiempo para entrenar unos hombres. Luego, hay que tener en cuenta el material que vamos a necesitar, la posibilidad de que no podamos entrar en el Centro de Diamantes…

—Todo eso está solucionado por nuestro hombre de Tel Aviv… En cierto lugar disponemos de todo el material que vamos a necesitar, así como tarjetas falsas de identificación para, introducirnos en el Centro de Diamantes. No hay problema en eso. El problema consiste, actualmente, en dos puntos. Uno, reunir y

preparar en veinticuatro horas como máximo una docena de hombres, y dos, asegurarnos de qué no hay el menor fallo en las instrucciones. Nosotros no hemos visto ninguno. Veamos si usted lo consigue. Quédese aquí y estudie bien todo esto. Cuando haya llegado a una conclusión, avísenos.

* * *

Era ya casi medianoche cuando Angelo Tomasini apareció en el salón, impávido, con un cigarrillo entre los labios. Se dejó caer en un sillón, bajo la expectante mirada de Akhar y Mayer, y dijo:

—Parece que nuestro hombre de Tel Aviv lo ha tenido todo en cuenta.

—¿No ha encontrado ningún fallo? —musitó Akhar.

—Técnico, no. Humano, sí.

—¿Humano?

—Hay doce hombres condenados a muerte en ese plan. Y no me digan que no se habían dado cuenta.

Muslim Akhar movió displicentemente una mano.

—Ya hablaremos de eso. Ahora veamos si lo ha entendido todo bien, Coleman.

—Veamos —sonrió irónicamente Número Uno—. Si les parece, vamos a prescindir de la primera parte; es decir, hasta que ya tenemos los diamantes y… ¿No?

Mayer, que estaba moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—No. Queremos que empiece por el principio, con todos los detalles bien explicados. Es indiferente que usted sea muy inteligente y considere que algunas cosas son obvias. Todo, Coleman: desde que salimos de aquí y vamos en busca del material y las armas, hasta que escapamos de Tel Aviv. Todo…

—Está bien. Saldremos de aquí mañana al anochecer y…

Durante casi diez minutos, Angelo Tomasini estuvo exponiendo todo el plan, tal como lo había entendido él en las instrucciones escritas. De vez en cuando, Akhar o Mayer asentían con un gesto, pero no tuvieron necesidad de interrumpirle ni una sola vez, ya que la descripción del espía no podía ser más ordenada, concreta y exacta. Era como una computadora devolviendo en el momento oportuno todos los datos que habían introducido en ella.

—De acuerdo —dijo por fin Okhar—. Ni un solo fallo por su parte, Coleman. Magnífico.

—Gracias. Volvamos ahora al fallo humano que al principio he mencionado; yo creo que esos doce hombres que van a ser voluntariamente sacrificados por nosotros podrían salvarse.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Haciendo las cosas al revés de como indican las instrucciones de nuestro hombre de Tel Aviv. Es decir…

—Coleman —cortó Mayer—, nuestro hombre de Tel Aviv no ha planeado así el asunto por capricho, ni porque sea incapaz de hacerlo mejor, sino porque así ha de ser.

—Quisiera no entender —murmuró Angelo, sombrío.

—Pues lo lamento; pero tiene que entender. Y sé que lo entiende muy bien. Sería imposible escapar del Centro de Diamantes sin bajas…, complejamente imposible.

Así que en el plan se ha considerado conveniente establecer esas bajas desde el principio. Pero no las bajas casuales, que no podríamos controlar, sino las bajas que a nosotros nos convienen; es decir, un determinado número de nuestros propios hombres, que serían sacrificados donde a nosotros nos conviene y mientras nosotros escapamos. Eso tiene dos ventajas, a cual más importante. Una de ellas es que, sacrificando a esos hombres, el plan queda montado de tal modo que nosotros, los… directores del golpe, tenemos la certeza de que podremos escapar con el helicóptero y los diamantes, mientras la vigilancia del Centro de Diamantes se ocupa de nuestros hombres; son nuestra garantía de retirada. La otra ventaja es que, de todos modos y desde el principio, está establecido que los sicarios de este asunto tienen que ser eliminados, tanto por discreción posteriori, como por conveniencia económica. Todo para nosotros; la muerte, para ellos. Si no le gusta, aquí no ha pasado nada y veremos qué pasa con usted y con su esposa.

—Tengo muchos amigos en todas partes, Mayer. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque ellos saben que nunca los traicionaré.

—Siempre hay una primera vez, Coleman —sonrió Mayer.

—No para mí. Experimenté una vez lo que se siente al ser

traicionado por los amigos y… No. No lo haré, Mayer. No llevaré a mis amigos para que los maten, sabiendo yo que eso es lo que está planeado. Puedo encontrar otra clase de personal, pero no llevaré a mis amigos.

—A nosotros no nos importa qué personal lleve —gruñó hoscamente Akhar—. Pero tiene que entender que no vamos a aceptar a cualquiera para una operación como ésta.

—Puedo conseguir relativamente pronto hasta diez o doce hombres perfectamente capacitados para ese trabajo, y que cuando mueran hasta sus madres se alegrarán de ello. Si quieren a esa gente, todo está bien. Si no, la decisión final es de ustedes. Pero no se precipiten. Yo dispongo de gente; puedo tenerla aquí en tres o cuatro horas, y prepararla bien para mañana. ¿Pueden decir lo mismo?

Akhar y Mayer cambiaron una mirada.

—Está bien —dijo fríamente Mayer—. Usted está jugando muy bien con la baza tiempo, Coleman, y puesto que usted mismo nos inutilizó a varios hombres, tenemos que aceptar.

—¿Puedo llamar por teléfono?

—Hágalo.

Angelo Tomasini se puso en pie y fue hacia el teléfono… Marcó un número y esperó unos segundos…

—¿Morka? —preguntó, de pronto.

—Soy Tomasini. Escucha bien, tienes que reunir rápidamente diez o doce hombres de las características de los que utilizamos hace un par de años en El Cairo. ¿Me entiendes?

—Muy Bien. Envíamelos aquí, a la villa de Hatay Caddesi lo más pronto posible. Tú has terminado, por ahora.

—¿…?

—No, no. Te digo que has terminado. Me las arreglaré sólo con esos hombres. Espero estar de vuelta dentro de cuatro días… ¿Me comprendes?

—Muy bien. Adiós, Morka.

Colgó y se volvió hacia Mayer, y Akhar, que le miraban muy atentamente.

—Dentro de tres horas tendremos una docena de hombres —dijo—. ¿Dónde está Daliah?

—Descansando.

—Buena idea. ¿Hay algún inconveniente en que yo duerma esas tres horas? Habrá que trabajar muy duro para instruir a esos hombres, en tan poco tiempo.

—Puede hacer lo que guste…, menos visitar a su esposa.

Número Uno parpadeó.

—Quiero ver que ella está bien —dijo firmemente.

—Eso sí puede hacerlo. Ya sabe en qué cuarto la encerramos.

El espía asintió con la cabeza y se dirigió hacia las escaleras. Arriba vio a dos hombres delante de la puerta del dormitorio de María Piamonte, pero los ignoró completamente. Eran un par de desdichados que no sabían la clase de enemiga que tenían al otro lado de la puerta. Iba a empujar ésta cuando uno de los hombres sacó la pistola y abrió la boca.

—Tengo permiso para ver si María está bien —gruñó Uno.

Apartó al hombre con brusco gesto de un hombro, y abrió la puerta, y entró, dejándola abierta. La luz se encendió y permitió ver a María Piamonte sentándose en la cama, muy abiertos los ojos, asustados…, pero en seguida expresaron un gran alivio, alegría…

—Angelo…

—Salgo mañana noche —dijo él rápidamente, en ruso—. Centro de Diamantes de Tel Aviv. Cuarenta millones. Hay un hombre en Tel Aviv que ordenó la muerte de los Simones. No sé más. Si tardo más de cuatro días, adiós.

—Angelo —llamó ella, con voz temblorosa, ahora en inglés—. ¿No te quedas conmigo?

También Número Uno habló ahora en inglés, en beneficio de los desconcertados y desconfiados vigilantes:

—Ya te he dicho que voy a tener mucho trabajo esta noche, y que pienso dormir ahora tres horas. Nos veremos mañana.

—Angelo —tendió ella los brazos—. ¡Angelo!

Pero Angelo Tomasini acabó de cerrar la puerta, y se dirigió a su dormitorio. Entró, y sin encender la luz se dirigió a la cama… y se estremeció fuertemente cuando al tenderse oyó a su lado la voz de Daliah Kohenov:

—Mi tigre… ¡Por fin has venido!

Ni siquiera tuvo tiempo de volverse, ni de intentar salir de la cama. El cuerpo blando y caliente cayó sobre él, y unos labios fríos y ávidos encontraron en el acto los suyos, mientras las huesudas

manos de Daliah iniciaban las más íntimas caricias… Durante un instante.

Angelo Tomasini permaneció rígido, aterrado ante lo que parecía que iba a suceder. Podía evitarlo, ciertamente, pero… ¿le convenía en acuellas circunstancias? ¿Qué podía ocurrirle a María si él no satisfacía las ansias de aquella bestia enloquecida por el deseo?

—Mi tigre, mi tigre…

El aliento de Daliah era casi fétido. Número Uno movió las manos y tocó las exiguas caderas, y luego los fláccidos senos, que parecían bolsas deshinchadas, de áspero contacto. Pero ante lo que parecía una caricia, Daliah lanzó un desgarrado aullido de amor, y se abrazó con más fuerza a él, como una alimaña…

—Sí, sí, sí —jadeó—. Acaríciame, dame tu amor, tu hermoso cuerpo de hombre… ¡Dámelo todo y toma todo lo mío!

Capítulo VI

Al anochecer del día siguiente todo estaba preparado para la marcha de la expedición: veinte hombres en total, contando con Angelo Tomasini y Levi Mayer. De los hombres de éste, solamente quedaban seis en condiciones de ir con el grupo. Los otros doce los había enviado Morka, el amigo de Número Uno. Y, ciertamente, eran sujetos escalofriantes. Quizá no hasta el punto de que sus propias madres se alegrasen de que muriesen, pero sin duda escalofriantes: serios, callados, discretos, anodinos de aspecto… Sólo en el fondo de sus ojos relucía una maldad fría, taimada, pero eso podía fácilmente disimularse. Eran la clase; de hombres que sonriendo mansamente podían engañar a cualquiera, y provistos de tarjetas de identificación, entrar en el Centro de Diamantes, sin que a nadie se le ocurriese preocuparse por ello. Parecían inofensivos. Había un belga, dos alemanes, cuatro turcos, un italiano, tres griegos y un francés. Y excepto dos de los turcos, los demás hablaban inglés de un modo aceptable; el francés y uno de los griegos lo hablaban poco menos que a la perfección.

En conjunto, resultaron ser lo bastante inteligentes para captar el plan poco menos que en el acto. Luego, todo había sido distribuir el trabajo de cada uno, utilizando los planos, repasando una y otra vez las instrucciones, machacando, machacando, machacando…, hasta que Levi Mayer y Angelo Tomasini, tras breve consulta entre ellos, tuvieron que admitir que las perspectivas parecían mucho mejores de lo que habían podido esperar.

Un último repaso, a media tarde, lo había dejado todo listo para la partida. Cada cual recibió dinero suficiente para el viaje, que efectuarían por separado, hasta que a las cuatro de la tarde, dos días después, se verían unos a otros en Tel Aviv, exactamente en Independence Park, en la Explanada de Herbert Samuel, en la parte del mar. Se verían, pero no se hablarían unos a otros, ni siquiera se

acercarían. Simplemente, se verían, sabrían que todos estaban allí, que no había contratiempo, y de nuevo, uno por uno, se dirigirían hacia el Centro de Diamantes; según el horario establecido para cada uno, irían entrando en el edificio y a la hora en punto cada cual cumpliría su parte, tanto los que tenían que entrar en el edificio como los que se quedarían afuera, en los coches, o los que, justo en el momento preciso tenían que sobrevolar la terraza del alto edificio con el helicóptero.

Desde el ventanal del salón con surtidor, María Piamonte estaba viendo a Angelo Tomasini en el jardín, despidiéndose de Daliah Kohenov. No podía oír lo que estaban hablando, ni le importaba. Lo comprendía todo, sabía la verdad. Una verdad en la que se incluía el deseo de la vieja bruja de que Angelo no se despidiese de ella. María Piamonte lo comprendía todo, pero en su mente había un solo pensamiento:

«Vuelve, mi amor».

Su rostro ni siquiera se alteró cuando en el jardín, el apuesto Angelo Tomasini se inclinó para besar la sumida boca de Daliah Kohenov. En cambio, vio cómo se fruncía el ceño de Levi Mayer, y eso le hizo pensar:

«Es demasiado listo, aunque no lo parezca. Espero que Uno sabrá cuidarse de él o recibirá una puñalada por la espalda».

Pero en aquel momento, Número Uno no sentía la menor preocupación al respecto. Dejó de besar a Daliah Kohenov, y sonrió como sólo un espía puede ser capaz de sonreír, aunque le estén clavando un cuchillo en el vientre.

—Hasta la vuelta, Daliah —dijo él.

—Tres días sin ti… —suspiró la vieja.

—¿Tres? Serán cuatro, ¿no?

—Si todo sale bien, podréis acelerar vuestro regreso en un día. Todo está previsto, ya lo sabes.

—Sí. Pero siempre hay que tener en cuenta toda ciase de imprevistos. De todos modos, yo también espero volver antes de los cuatro días. Y Daliah —su mirada pareció penetrar en la de la bruja de uñas envenenadas—, a mi regreso quiero encontrar a María en perfectas condiciones.

—¿Sabes cuánto dinero voy a quedarme yo después de esto? —sonrió la Kohenov.

—No.

—No menos de diez millones de dólares. Te los daré. Te daré todo lo que me pidas, pero no vuelvas a hablarme de tu mariposa.

—Escucha, puede que me quede contigo, pero en todo caso, no le hagas daño a María. A mi regreso, tú y yo nos iremos a Capri, tal y como te dije…, pero quiero que ella se vaya a Roma, no a un cementerio.

—La amas… ¡La amas a ella!

—Eso no importa. Podré soportar su ausencia y estar contigo, pero no le hagas daño.

Dicho esto, Número Uno se alejó de Daliah Kohenov y entró en el coche, donde le esperaba Levi Mayer. Sin cambiar palabra, Mayer se ocupó del volante, y segundos después, eran los últimos en abandonar la villa de Hatay Caddesi, en Esmirna, Turquía. En la cual quedaron María Piamonte, Daliah Kohenov… y seis hombres de Muslim Akhar, que se encargarían de vigilar que María Piamonte, si bien podría incluso pasear por el jardín, no pudiese escapar de él. No habría concesiones hasta que Número Uno, en efecto, hubiese cumplido su parte de ayudar al desconfiado Levi Mayer, quien con toda razón desconfiaba de un hombre capaz de besar los labios de Daliah Kohenov, y, desde antes de que llegaran los doce hombres enviados por el llamado Morka, se había asegurado «el buen comportamiento» de Angelo Tomasini, colocando dos hombres armados en el dormitorio de María Piamonte. No la perderían de vista ni un segundo, hasta que tres o cuatro días más tarde, el helicóptero llegase a la villa cargado con cuarenta millones de dólares en diamantes.

Y aunque esto no se mencionó, Angelo Tomasini tuvo que comprender que al más pequeño incidente que se ocasionase en la villa, Mayer lo solucionaría con la orden que secretamente había dado a todos sus hombres: en primer lugar, matar a la mariposa. No importaba lo que ocurriese luego.

Porque, naturalmente, Levi Mayer había comprendido que mientras la tuviesen controlada a ella, Angelo Tomasini haría todo lo que le dijesen que hiciera.

—Tu presencia me irrita —oyó María de pronto, tras ella—. ¡Fuera de aquí!

Se volvió, todavía ante el ventanal desde el cual había visto

marcharse a Número Uno, su amor. No muy lejos de ella, había dos de los hombres de Muslim Akhar; siempre dos vigilándola de cerca, para que no pudiese, de ninguna manera, escapar… Y en la puerta dei salón, Daliah Kohenov, mirándola con un odio imposible de disimular, de contener… Debía tener mucho cuidado con ella o podría complicar las cosas. Las podía complicar mucho, porque si ella mataba a la bruja de un golpe, tendría que matar también a sus guardianes. Muslim Akhar se enteraría, se las arreglaría para comunicárselo a Levi Mayer y éste asesinaría a Número Uno.

Así que, con el adecuado y conveniente gesto de miedo, la espía más peligrosa del mundo abandonó el salón de la villa de Hatay Caddesi.

Sabía perfectamente que durante tres días, tenía que ser una mariposa muy asustada.

Tres días, quizá cuatro, en los que una vez más los bien templados nervios de la agente Baby serían puestos a prueba.

* * *

Nada importante sucedió durante los dos primeros días, por lo menos, hasta el anochecer.

Hasta entonces, María Piamonte se dedicó a pasear por el jardín, hojear algunos libros, dormir y pensar. Sus nervios seguían firmes; su cerebro, lúcido. Tuvo buen cuidado de no cruzarse en la casa con Daliah Kohenov.

Un hecho curioso: durante aquellas cuarenta y ocho horas, los seis hombres de Muslim Okhar, que se turnaban de dos en dos para no perder de vista ni siquiera durante la noche a María Piamonte, llegaron a la conclusión de que su prisionera era una persona encantadora, y así le concedieron pequeños privilegios a escondidas de Daliah Kohenov, que había dado órdenes tajantes de que María no fumase, ni bebiese o comiese más de lo imprescindible. Sin embargo, los árabes, evidentemente de común acuerdo, se las arreglaban para hacer llegar a su encantadora prisionera tabaco, café y precisamente aquella misma tarde, una botella de *whisky*. Asimismo, y a petición de ella, le llevaron su maletín rojo con florecillas azules, que Daliah había olvidado desde el mismo momento en que Angelo Tomasini había mostrado su desagrado por

su incontrolada utilización del perfume «Notte Maravigliosa».

Con todos estos detalles, los seis árabes, sin saberlo, fue como si hubiesen firmado un documento que aseguraba su longevidad.

Y por fin, a la segunda tarde, cuando María estaba en su dormitorio conversando con los dos hombres que la vigilaban, la puerta del dormitorio se abrió y apareció Muslim Okhar. Con una seña dio a entender a sus hombres que debían abandonar la habitación, y una vez a solas con María, sonrió melosamente.

—Tengo una buena noticia para usted, señora Coleman —dijo—. Lo han conseguido.

—¿Qué?

—¿No sabe adónde fueron Levi y su marido con aquellos hombres?

—No —mintió ella—. Angelo no pudo hablar conmigo antes de marcharse. ¿Adónde fueron?

—A Tel Aviv. Allá está el Centro de Diamantes. Lo han asaltado hace poco más de una hora… y se han llevado cuarenta millones de dólares en diamantes.

—Oh, Dios mío… ¡Cuarenta millones! ¿Y cómo… cómo puede usted saber que lo han hecho… que… que lo han conseguido?

—Tengo un amigo en Tel Aviv…; Un hombre muy inteligente; se lo aseguro. Tan inteligente, que después de organizarlo todo, ha sabido mantenerse al margen de la acción, y por lo tanto, si nosotros aquí terminamos bien las cosas, quedará fuera de toda sospecha. Pues bien; ese hombre y yo estamos en contacto por radio, y hace media hora escasa que me ha llamado para decirme que el asalto al Centro de Diamantes ha sido un éxito: —Muslim Akhar se echó a reír—. ¡Alá me valga, no quisiera estar en estos momentos en Tel Aviv!

—¿Angelo… Angelo está bien?

—Los que escaparon en helicóptero están bien… No podrán alcanzarlos, y saben muy bien todo lo que tienen que hacer para llegar a Esmirna. También mi amigo vendrá… ¿Usted puede imaginarse cuarenta millones de dólares en diamantes, señora Coleman?

—No, no… ¿Angelo iba en el helicóptero?

—Desde luego. No se preocupe, su marido es de los que, según lo previsto, tenían que escapar. Cuatro en total: su marido, Levi

Mayer y dos de sus hombres.

—¿Y los demás? Yo vi a muchos hombres que salieron de aquí…

—Los demás, nunca volverán… Han sido utilizados y ahí terminaba su cometido.

—¿Han muerto?

—Lamentablemente —suspiró Akhar—. Comprenda que es imposible realizar una operación semejante sin víctimas. Pero, claro, todo estaba previsto.

—¿Quiere decir que usted sabía que todos, menos cuatro, iban a morir?

—En efecto. Pero, señora Coleman, ahora que le he dado una noticia alegre, hablemos de nosotros…

—¿De nosotros? ¿De usted y de mí?

—Sí. —Muslim Okhar frunció el ceño—. De usted y de mí. Naturalmente, usted es una mujer que ya no tiene nada que aprender de un hombre, así que, en principio, mi desinterés por su persona fue total. Sin embargo… —El ceño de Akhar se frunció aún más—. Sin embargo, en estos días, algo curioso me ha sucedido; no he dejado de pensar en usted.

María Piamonte abrió mucho los ojos.

—¿Por qué? —musitó.

—Vamos, vamos, señora Coleman… Por razones obvias. ¿No sabe que es usted una mujer increíblemente hermosa?

—No… Bueno, Angelo siempre dice…

—¡Olvide a su marido! Quiero que venga conmigo. Sin complicaciones… Dígale a Coleman que va a dejarlo y venga conmigo… Yo la cubriré de diamantes. —Se acercó a ella, y de pronto rodeó la cintura femenina, poderosamente, con sus brazos—. La cubriré de oro y diamantes, de todo lo que una mujer pueda desear.

—No… ¡No, no, no!

—Piénselo bien —jadeó Akhar—. No me gustan las cosas por la fuerza, es más dulce que todo se realice voluntariamente… Y quiero… que usted, voluntariamente, se venga conmigo.

Se inclinó, de pronto, y sus gruesos labios cayeron sobre los de María, que se estremeció. Para Muslim Akhar, los esfuerzos de María Piamonte intentando librarse de sus brazos fueron auténticos. De ninguna manera podía pensar que aquella mujer podía matarlo

en un segundo. Seguro de sí, poderoso, le impidió moverse, mientras la besaba, hasta que, finalmente, creyéndola poco menos que desfallecida, la soltó.

Inmediatamente, María Piamonte retrocedió, hasta pegarse a la pared, como si quisiera fundirse en ella, contemplando con expresión desorbitada al enardecido árabe, que la siguió…, pero se detuvo de pronto y movió la cabeza.

—No —susurró—. Ya he dicho que no quiero complicar las cosas. Al menos, por el momento. Todo voluntariamente. ¿Cuál es su respuesta?

—No —tembló la voz de María—. ¡No!

—Sepa que Daliah se quedará con su, tigre, señora. Nadie va a poder impedirlo. Usted no conoce a Daliah, pero yo sí: lo que ella quiere, lo tiene…, hasta que deja de quererlo. Su marido se irá con ella…

—¡Es una vieja repugnante!

—Será mejor que Daliah no la oiga decir eso —sonrió Muslim Akhar—. Usted tiene razón, sin embargó. Y aun así, ella se quedará con el tigre. Olvide a su marido.

—¡No!

—Mañana volveremos a vernos —dijo Akhar—. Dentro de veinticuatro horas habrá una reunión muy interesante aquí. Cuando termine esa reunión, será mejor que usted haya recapacitado sobre mi oferta.

—No…, no tengo que recapacitar… ¡No!

—¿Sabe que sus negativas tercas me están soliviantando? Está usted poniendo las cosas de tal manera que lo único que consigue es despertar más y más mis deseos. Y yo he satisfecho siempre mis deseos, señora Coleman… Sé que la poseeré a usted cuantas veces lo desee. Lo quiera usted o no, tendrá que soportar el peso de mi cuerpo… y toda mi potencia de hombre.

—Salga de aquí… ¡Salga!

—De acuerdo. Voy a salir, pero no sin llevarme algo. Al menos, un recuerdo, que me permita… disfrutar mentalmente por anticipado de las felices horas que me esperan con usted en la cama. Desnúdese.

—¿Qué…, qué…?

—Vamos, no sea niña… —rió él—. ¡Sólo quiero verla desnuda,

para estar seguro de que vale la pena pensar en usted y hacer proyectos con su cuerpo! ¡Desnúdese!

—¡No!

Muslim se acercó, asió la ropa de María Piamonte, y dio un fuerte tirón de ella, arrancándola con toda facilidad. María gritó, y se llevó las manos al pecho, queriendo ocultar los senos, que habían saltado como hermosos estallidos de luz dorada. Pero la visión de aquellas bellas manos sobre los hermosísimos senos, todavía excitó más a Muslim, que se abalanzó contra la mujer, la agarró por las muñecas, y la apartó los brazos, aplastándolos contra la pared, de modo que todo el torso de María se ofreció a los llameantes ojos del árabe.

—Sí —susurró éste, con voz tense—. ¡Sí, vale la pena pensar en usted! Y no me importará que haya amado a otros hombres. No, no, eso no importará, porque su belleza es suficiente para perdonárselo todo… ¡Acabe de quitarse la ropa!

La soltó, agarró el resto de la ropa, y la arrancó. Nunca sabría lo cerca que estuvo de la muerte en aquel momento… Nunca. Porque María Piamonte tenía que seguir el juego, sabía que no podía hacer otra cosa, salvo que pudiesen ocurrir males realmente mayores. Así que todo lo que hizo fue gritar, «asustadísima», y tras conseguir zafarse de Muslim, corrió por el cuarto, completamente desnuda, en un bello espectáculo que el experto árabe supo valorar debidamente. La persiguió… Su boca volvió a caer sobre los sonrosados labios de María Piamonte, pese a los «esfuerzos» de ésta por evitarlo, echando la cabeza a un lado y a otro…

—No te… resistas, fiera —alentó Muslim—. Sólo quería comprobar lo confortable que eres… ¡Y eres muy confortable! Vamos, tranquilízate: tú también estarás confortable cuando me sientas en toda la plenitud… Pero eso será lento, por eso lo haremos en el momento oportuno. No soy hombre de reacción rápida, ¿comprendes? Así que tendrás que… trabajar mucho, largamente y suavemente para ponerme… a tu disposición… ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes? ¡Contesta!

—Sí… ¡Sí, lo entiendo, lo entiendo, lo entiendo…!

—¿Y lo harás?

—Sí, sí, sí… ¡Lo haré, sí!

—Así me gusta… Dame ahora un besito, y, como no tenemos

tiempo para más, lo dejaremos así… ¡Pero ya sabes que tendrás que ser muy hábil y paciente conmigo para contentarme… y que yo pueda contentarte a ti! Trae tu boca…

Fue un beso asfixiante, ardiente, durante el cual, María no se movió. Del mal, el menos… Cuando Muslim se puso en pie, ella permaneció tendida en el suelo, inmóvil, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Sí… —susurró Muslim—. Eres todo un banquete… ¡Y pienso disfrutar de él en el momento oportuno! ¡Adiós, hermosa…! Hasta pronto, mejor dicho.

Capítulo VII

Al tercer día, cerca de las nueve de la noche, María Píamonte alzó de pronto la cabeza y quedó con la mirada perdida en lo alto. Los dos árabes que la vigilaban la miraron desconcertados, pero, segundos después, tambien ellos oían el rumor que se iba acercando.

—El helicóptero —tembló la voz de María—. Está llegando el helicóptero… ¡Angelo! ¡Angelo!

Se puso en pie y salió corriendo de la habitación. Los dos árabes la imitaron, lanzándose en pos de ella escaleras abajo. Aún no habían llegado al vestíbulo, cuando en la puerta del salón apareció Daliah Kohenov, cuyo rostro se crispó en una mueca de odio al ver descender a María.

—¡Vuelva arriba! —chilló.

—¡No! ¡Llega Angelo, sé que es él…! ¡Angelo!

Como una famélica gata vieja, Daliah Kohenov se colocó delante de María, alzando sus garras envenenadas, relucientes los ojos del más genuino odio que María había visto jamas.

—¡Vuelva arriba, maldita! —aulló Daliah—. ¡Vuelva arriba, o le saco los ojos, se los arranco…!

María emitió un gritito de pavor, dio media vuelta y regresó escaleras arriba, casi más de prisa que al bajarlas. Daliah se aseguró de que entraba en su habitación, y entonces ella salió al jardín, por encima del cual estaba ya el helicóptero, descendiendo pesadamente.

Segundos después tomaba tierra, las aspas dejaban de girar y Levi Mayer saltaba a tierra.

—¡Daliah! —Alzó una mano, sonriente—. ¡Lo conseguimos!

El siguiente en saltar del helicóptero fue Angelo Tomasini, y Daliah, que ni siquiera había mirado a Mayer, corrió hacia el espía y se abrazó a él, tartamudeando, palpándolo… Sus manos se

crisparon por fin en los hombros de Número Uno, y tiraron hacia abajo. Número Uno se inclinó y la besó en los labios amablemente.

—¿Cómo estás, Daliah, mi amor? —se interesó luego.

—Has vuelto. ¡Has vuelto conmigo!

Levi Mayer contemplaba la escena con el ceño fruncido… Una escena patética, absurda, ridícula. ¿Era posible que Daliah no comprendiese que Coleman jamás podría amarla? Sin embargo, si la vieja amiga de canallas, por una vez, tenía ofuscada su fría inteligencia y aún podía conseguir algo de la vida…, ¿por qué impedírselo? La estuvo mirando unos segundos, mientras, al fin colgada del cuello de Angelo Tomasini, lo besaba, lo besaba, lo besaba… Era realmente patético.

Mayer se volvió hacia los dos hombres que también habían saltado del helicóptero, y masculló:

—Vamos a descargar. Os enviaré a los de Muslim para que os ayuden.

Pero los cuatro árabes libres de servicio cerca de María Piamonte estaban muy cerca, presenciando la escena, y bastó una seña para que dejasen sus armas y se acercasen al helicóptero. Mayer soltó un gruñido al volver a mirar a Daliah y Tomasini, acabó por encoger los hombros, y se dirigió hacia la casa.

Se estaba sirviendo un *whisky*, cuando aparecieron los seis hombres, llevando, cada uno de ellos un saco de piel sobre los hombros. No muy grande, pero visiblemente pesado.

—Dejadlos en el suelo, ahí mismo —señaló Mayer.

Los hombres obedecieron, y salieron en busca del resto de la carga, cruzándose con Daliah y Tomasini. Éste, entrando, miraba a su alrededor… Y su ceño se frunció.

—¿Y María?

—Está arriba —dijo Daliah.

—¿Está bien?

—Sí… ¡Sí, está bien, y ya veo que eso es lo único que te importa…!

—Un trato es un trato, Daliah. Quiero verla. Sólo ver que está bien.

—¿Sólo eso?

—Solamente eso.

—Pues sube y te convencerás… Pero te espero aquí dentro de un

minuto.

—De acuerdo.

Angelo Tomasini fue escaleras arriba, llegó ante la puerta del dormitorio que ocupaba María y frunció el ceño al no ver vigilancia alguna allí. Abrió la puerta, entró…, y su mirada pareció clavarse brevemente en los dos árabes que había en la habitación. Luego miró a María, que se había puesto en pie y lo contemplaba con ojos muy abiertos.

—Hola, María —saludó con indiferencia—. ¿Estás bien?

—Sí, Angelo.

—¿Algo importante? —preguntó él, en ruso.

—Esta noche, no sé a qué hora, vendrá el hombre de Tel Aviv.

—Bien. Lo esperaremos. Hasta, luego.

—Hasta luego, mi amor.

Angelo Tomasini salió del cuarto y regresó al salón. No había tardado ni siquiera un minuto. Los hombres de Akhar y los dos de Mayer estaban descargando la segunda tanda de sacos repletos de diamantes. Daliah había abierto uno de los primeros, y, al ver a Número Uno, se volvió, con las manos llenas de diamantes, riendo.

—¡Cuarenta millones…! ¡Clark, tenemos cuarenta millones de dólares, lo conseguisteis…!

—No fue difícil.

Daliah quedó atónita, mientras Mayer soltaba un bufido.

—Debo admitir, Daliah —refunfuñó en seguida—, que la presencia de Coleman fue decisiva. Te diré más: si él no hubiese formado parte del grupo, mucho me temo que todo el plan del hombre de Tel Aviv se habría venido abajo. Me fastidia tener que admitirlo, pero, en verdad, Coleman es un tigre. Dos pequeños contratiempos que tuvimos dentro del edificio fueron solucionados por él en cuestión de segundos. Bien. ¿Y Muslim?

—Quedamos en que vendría cuando viese llegar el helicóptero; no puede tardar. Seguramente, se ha entretenido sólo lo necesario para llamar por su radio a Tel Aviv.

—Entiendo. Bueno, eso significa que el hombre de Tel Aviv está todavía allá, de modo que tardará en llegar aquí no menos de… siete u ocho horas, si viene por sus propios medios. Si toma un avión de línea regular, puede tardar tres o cuatro a partir del momento en que Muslim hable con él. Tendremos que esperar.

Daliah Kohenov se acercó a Número Uno, tomó con las suyas una mano de él, y sonrió.

La última tanda de sacos de piel repletos de diamantes fue depositada en el salón. Mayer señaló a sus dos hombres.

—Tumbaos por ahí a descansar —miró a los árabes—. Y vosotros, salid a esperar a vuestro jefe. Y cuidado, por si no es él quien llega.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Angelo a Daliah.

—No…

—Yo, sí. ¿Me permites?

Retiró su mano, fue a servirse un *whisky*, y se sentó en la otomana. Inmediatamente, Daliah fue a sentarse junto a él, mirándole siempre fascinada…, mientras Angelo miraba muy atentamente a Mayer, que había sacado su pistola con silenciador y la examinaba como distraído.

De pronto se volvió hacia sus dos hombres, que se habían tumbado, derrengados, sobre la gruesa alfombra, alzó la mano, apuntó a uno de ellos y apretó el gatillo.

Plop.

Un pequeño orificio oscuro apareció en la frente del turco, que brincó en fuerte estremecimiento un instante. El otro respingó, volvió la cabeza hacia Mayer… Plop.

También en su frente apareció un orificio oscuro, y el hombre, sin un gemido, acabó de caer de bruces.

Mayer miró malignamente a Angelo, sonrió, y se guardo la pistola, tomando acto seguido su vaso de *whisky*.

—Ojalá Muslim no tarde en llegar. Estoy deseando saber cuánto vamos a cobrar.

No hubo comentario alguno a sus deseos.

Y, efectivamente, Muslim Akhar no tardó en llegar Apareció en el salón solo, y sin mirar a nadie, se dirigió hacia la pila de sacos. Del mismo que había abierto Daliah, sacó dos puñados de diamantes, que se fueron deslizando entre sus dedos, mientras él comenzaba a reír, primero, por lo bajo, y después, cada vez más fuerte, hasta que por fin estalló en carcajadas.

—Divertido, ¿verdad? —se contagió Mayer—. ¡Cuarenta millones de dólares, Muslim!

—Alá es misericordioso, —siguió riendo Akhar—. ¡Muy

misericordioso!

—Sin la menor duda. ¿Has hablado con nuestro hombre de Tel Aviv?

—Sí… ¡Claro que sí!

—¿Cuándo va a venir?

—Todavía tardará. Va a tomar un vuelo con destino en Istanbul. Allá le entregarán el dinero, y…

—¿Le van a dar el dinero antes de que él entregue los diamantes? —Respingó Daliah.

—Sí.

Número Une entornó los ojos, pero no dijo nada. Daliah estaba estupefacta. Mayer consiguió murmurar:

—Bueno…, me parece formidable. Tiene que ser un comprador muy rico, sin duda.

—Riquísimo —sonrió astutamente Akhar.

—Creí que no lo conocías, que no sabías nada de esa parte final, Muslim… ¿Conoces al comprador?

—Perfectamente. Pero no me lo preguntes.

—Ya. Pero veamos si he entendido bien: cuando nuestro hombre de Tel Aviv venga aquí, ¿traerá ya el dinero?

—Así es.

—Pues te diré una cosa —exclamó Mayer, excitado—: ¡no me importa en absoluto quién sea ese comprador!

—¿Puedo hablar? —susurró Angelo Tomasini.

Los tres se quedaron mirándolo fijamente, un tanto alarmados, desconfiados.

—Por lo que he sabido, Coleman —deslizó Akhar—, usted se ha ganado el derecho a intervenir en nuestras conversaciones. Hable.

—Gracias. Solamente haré una pregunta: ¿no corremos el riesgo de que a nosotros nos paguen con la misma moneda que han recibido otros del grupo?

—¿Que quiere decir?

Angelo Tomasiní señaló los cadáveres de los dos turcos tendidos sobre la alfombra.

—Estoy pensando que lo mismo que nosotros hemos hecho con quienes nos han ayudado, podrían hacer con nosotros las personas a las que hemos proporcionado los diamantes.

Daliah y Mayer miraron sobresaltados a Muslim Akhar que

sonrió y movió negativamente la cabeza.

—No. Olvídelo, Coleman. Y le diré por qué: esto no es… un trabajo aislado, sino que forma parte de toda una… estrategia en cuya continuidad, nosotros seguiremos interviniendo.

—Entiendo.

—¿Lo entiende? —murmuró Mayer—. ¡Pues yo no!

—Según creo, esto es solamente el primer golpe económico contra Israel —susurró Tomasini—. Cuarenta millones de dólares robados a un país que tiene una deuda de más de tres mil millones de dólares, puede ser poca cosa, aparentemente. Pero no deja de ser un duro golpe contra la economía de Israel. Lo peor vendrá después, cuando reciba el segundo golpe, el tercero, y el cuarto… Al parecer, y debido al armamento que Estados Unidos está proporcionando a Israel, resulta un tanto difícil para los árabes vencerlos en el terreno de la lucha abierta. Entonces, además de no correr los árabes riesgos en ese sentido, y ser considerados como… buenos muchachos que están prescindiendo de las armas para resolver el conflicto, van a tener la opinión mundial a su favor. Mientras tanto, Israel irá recibiendo golpes que, aparentemente, no tendrán nada que ver con la guerra ni con las armas. Primero, ha sido esto de los diamantes… ¿Qué seguirá luego, Akhar?

Muslim Akhar estaba lívido.

—Es usted demasiado listo, Coleman —susurró.

—Quizá. ¿Qué seguirá luego? Hay muchas cosas que pueden hacerse contra Israel: envenenar sus aguas, sus cosechas agrícolas, quemar sus bosques tan dificultosamente conseguidos, volar sus oleoductos… En un año, con cosas así, Israel no podría hacer frente absolutamente a nada. Y entonces…, ¡zas!, se acabó Israel. Dígame si estoy equivocado, Ákhar.

—Le haré una advertencia, Coleman —deslizó con voz tensa el árabe—: no diga nada más al respecto.

—Como guste. Creo que voy a dormir unas horas… Por favor, avísenme cuando tengan preparado mi millón de dólares.

Se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta. Daliah se dispuso a seguirle, pero captó la seña de Mayer, y, tras vacilar, se quedó. Mayer estuvo silencioso hasta tener la seguridad de que Angelo Tomasini ya no podía oírles. Entonces miró a Akhar.

—¿Es cierto lo que ha dicho Coleman, Muslim?

—¿Qué os importa eso a vosotros?

—Espera. Te aseguro que ni a Daliah ni a mí nos importa lo más mínimo lo que suceda con Israel, ¿no es cierto, Daliah?

—Cierto —asintió ella.

—Pero —siguió Mayer—, si lo que ese hombre ha dicho es cierto, queremos saberlo. Dinos la verdad: ¿estamos trabajando financiados por el grupo árabe?

—No exactamente —vaciló Akhar.

—Pero lo que ha dicho Coleman…, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Quién paga estos gastos? Porque hay que considerarlos como grandes gastos, Muslim, ya que cuarenta millones de dólares de diamantes no se colocan luego así como así. Alguien financia toda esta larga operación, que nosotros, simplemente, hemos comenzado. Si no sois exactamente los árabes, ¿quiénes son? ¿Los rusos?

—Quizá.

—Está bien. Lo mismo nos da que sean los rusos o los árabes. Pero una cosa no podemos pasar por alto —Mayer miró fijamente a Daliah—: hay que matar a Coleman.

—No… ¡No! —exclamó la vieja.

—Daliah, se razonable… Es demasiado listo. No es un hombre en el que gente como nosotros podamos confiar. No quiere que sus hombres sean sacrificados, piensa más que nosotros, es más profundo… Nos desbordaría. Yo no quiero convivir con él, porqué nunca sabría lo que está pensando o tramando, o en qué momento decidiría romperme el cuello con esas manos de hierro… No es un hombre… controlable. Ni siquiera por ti, Daliah. Piénsalo bien. Te suplico de nuevo que seas razonable: ¿crees realmente que él puede amarte?

—Sí, sí…

—Él tiene razón —dijo Akhar—: eso no es posible, Daliah. Hasta ahora has sido calculadora, no era posible engañarte… Ese hombre lo está consiguiendo del modo más absurdo. Eso no tendría importancia, y yo me alegraría de que disfrutases de él mientras pudieses, pero ten la seguridad de que él te matará. Incluso es posible que sea de la CIA, a fin de cuentas. Lo ha aceptado todo, lo ha hecho todo…, ¿y crees que lo ha hecho por ti? Lo ha hecho por su mujer, o por la CIA, o por ambas. Tú, para él, eres sólo una…

vieja repugnante que le está siendo útil. Sólo eso.

—Estoy de acuerdo con Muslim —dijo Mayer.

—Y te daré un buen consejo —siguió el árabe—: mata a ese hombre cuanto antes. Sólo tienes que subir, engañarlo tú a él ahora, y clavarle tus uñas. Sólo eso. Y nos ahorraremos todos muchos disgustos. Sube a matarlo y, mientras tanto, yo entretendré la espera visitando a su mujer —los ojos de Akhar relucieron intensamente—. Somos nosotros quienes hemos de ganar la partida, no ellos. Tú puedes pasar la noche con él; yo, con ella… Pero antes del amanecer, a él tienes que matarlo.

—¿Y ella? —susurró Daliah.

—Estará un tiempo conmigo… Luego, la venderé en cualquier parte de África o la mataré.

Daliah Kohenov estuvo silenciosa, inmóvil, durante más de un minuto. Por fin, asintió:

—Creo que tenéis razón —susurró—. Hagamos cada uno nuestra parte, Muslim.

Capítulo VIII

Muslim Akhar entró en el dormitorio de María Píamente, que estaba sentada en el borde de la cama, fumando, bajo la fascinada mirada de sus dos guardianes árabes, quienes se pusieron en pie al entrar su jefe.

—Id abajo y quedaos vigilando los diamantes —ordenó Muslim Akhar.

La puerta se cerró tras de los dos árabes, y Akhar fue a sentarse en un silloncito. Se quedó mirando fijamente a María, que, a su vez, lo miraba con aquella expresión de niña asustada.

—Le voy a hacer una proposición, señora Coleman —dijo de pronto Akhar—: su amor, a cambio de la vida de su marido.

—¿Qué…, qué…?

—En estos momentos, su marido está en poder de mis hombres… De cuatro de ellos. Debo mostrar mi gran admiración por él; es un hombre muy peligroso, excepcional… Al parecer, el éxito de la operación ha sido posible gracias a él. Pero se ha descuidado un poco, y… lo hemos sorprendido. Hay cuatro armas apuntándole en estos momentos. Y esas armas serán disparadas si ocurren una de estas dos cosas: que yo regrese disgustado con usted, o que, si decido… emplear la fuerza para someterla, usted de un solo grito. No sé si me he explicado bien, señora Coleman.

—Sí… Muy bien…

—¿Entonces?

María Piamonte suspiró profundamente, dejó el cigarrillo en el cenicero de la mesita y se tendió en la cama. Durante unos segundos, Muslim Akhar la estuvo mirando. Por fin sonrió, más relucientes que nunca sus ojos, y se puso en pie. Se acercó a la cama, contempló a la bellísima mujer que se ponía a su disposición, y, finalmente, se tendió junto a ella, deslizando sus manos en una grosera caricia…, que ni siquiera llegó a completar.

La delicada e inofensiva mariposa voló de pronto. O pareció volar, desapareciendo de junto al árabe, que falto de apoyo, quedó tendido boca abajo en la cama.

Ya no tuvo tiempo de nada más.

La mariposa estaba sobre su espalda, y había pasado el brazo derecho por su garganta, uniendo esa mano a la izquierda, colocada junto al cuello de Akhar, mientras sus piernas pasaban por debajo de las de él, y los pies parecían clavarse en las ingles del árabe:… La mariposa se había convertido en una pieza de acero, que estaba efectuando a la perfección el hadaka jime de judo, la más potente de las estrangulaciones.

Muslim Akhar intentó moverse, pero no lo consiguió en lo más mínimo. Intentó gritar, y de su boca no brotó sonido alguno… El bracito de acero se tensó un poco más, y el aire dejó de entrar en los pulmones de Muslim Akhar.

De pronto, la mariposa soltó su presa y saltó de la cama. Miró el rostro amoratado de Muslim Akhar, sus ojos desorbitados, su boca crispada en un feroz gesto de espanto, de furia… Lo agarró por un brazo y lo colocó boca arriba, de un seco tirón, para registrarlo. No llevaba pistola, pero sí una gumia. Se la quitó, fue hacia su maletín y lo abrió. Ciertamente, la pistolita no estaba allí, pero sí otras cosas. Por ejemplo, frascos de perfumes, incluyendo «Notte Maravigliosa».

Separó el doble fondo de cristal, y retiró todas las pequeñas ampollas de cristal que había allí, invisibles al ojo humano.

Apagó la luz del dormitorio, abrió la ventana y miró hacia abajo. Estaba en un lado de la casa, de modo que la luz no llegaba hasta allí.

La mariposa voló…, en un salto de más de tres metros, que culminó con una voltereta hacia delante y una bien calculada caída de bruces perfecta, silenciosa. Inmediatamente se deslizó hacia las sombras del jardín…, y lanzó un apagado respingo cuando, de entre los arbustos, apareció uno de sus vigilantes árabes, boquiabierto, brillantes los ojos en la oscuridad, desorbitados…

La mano derecha de María Piamonte cayó sobre la cabeza del árabe, que se desplomó sin un gemido, fulminado. Y en la oscuridad llena de estrellas, la mejor espía del mundo se quedó mirando, un poco desconcertada, a su víctima. ¿Qué hacía allí? Si estaban

vigilando a Número Uno… ¿O no era cierto que todos estaban con él? Seguramente habían quedado un par vigilando en el jardín… Un jardín que durante tres días, María Piamonte había estado recorriendo… Lo sabía todo respecto a él.

Así que, dos minutos más tarde, aparecía por detrás de otro de los árabes. Éste ni siquiera tuvo tiempo de sorprenderse, ni de verla, ni de oírla… el golpe le llegó por detrás, en el punto preciso de la nuca, y él cayó hacia delante, sobre un arbusto de flores…

—Casim… —Sonó una voz más allá—. ¡Casim!

¿Tres en el jardín?

Tres, ciertamente, porque el que llamaba a su compañero, tras oír el rumor de los arbustos, apareció corriendo, pistola en alto, mirando a todos lados… Tropezó con el cuerpo de Casim, cayó de rodillas, perdiendo la pistola, y, cuando comenzaba a incorporarse, recibió en la cabeza el tremendo culatazo propinado con la pistola de su amigo Casim. Cayó de bruces y quedó inmóvil.

«Los envió a vigilar los diamantes —recapacitó ahora la espía—. Me engañó. Si hubiese habido allí cuatro hombres vigilando a Uno, habría enviado a los dos al jardín… Y si envió a los dos a vigilar los diamantes, es porque no había nadie vigilándolos… Entonces, queda otro en él jardín».

Lo localizó dos minutos más tarde, pero en posición tal, que resultaba poco menos que imposible acercarse a él para atacarlo. Ciertamente, podía matarlo, ahora que tenía una pistola, pero… no todos los espías son desagradecidos. Había conseguido dejar con vida a tres de sus amables vigilantes, y, si podía, haría lo mismo con los demás.

Se acercó cuanto pudo, calculó la distancia, y lanzó una de las pequeñas ampollas de gas narcótico. Captó perfectamente el pequeño movimiento de sobresalto del árabe, le vio llevarse una mano al pecho… y caer de bruces. Corrió hacia él, lo agarró por un pie y lo arrastró hasta meterlo entre los arbustos.

Un minuto más tarde, estaba atisbando a través de los cristales del ventanal del salón. Y hubo en sus ojos un parpadeo de desconcierto… Número Uno no estaba allí. Vio a sus vigilantes del último turno, a dos hombres que parecían dormir, tendidos sobre la alfombra, y a Levi Mayer, dormitando en un sillón, dando cabezadas.

La mirada de Baby se alzó en dirección a las habitaciones, y su rostro se crispó.

—Vieja repugnante…

Estuvo tentada de regresar arriba, escalando la pared, pero decidió en seguida que no podía dejar enemigos detrás. Fue a la puerta de la casa y llamó tranquilamente. Segundos después, no menos tranquilamente, uno de los árabes abría la puerta.

—¿Qué pas…? —empezó a preguntar.

La punta de la pistola de Casim quedó ante sus ojos…

—Afuera, Selim —susurró Baby—. En silencio.

Hubo un parpadeo en los desorbitados ojos del árabe. Su pistola estaba en el bolsillo… La vacilación fue muy breve. Salió al porche…, y recibió el trastazo en la; parte posterior de la cabeza. Baby se apresuró a sostenerlo y lo dejó en el suelo con todo cuidado.

Luego se descalzó y entró en la casa, directa al salón, silenciosa como una auténtica sombra. Apareció en la puerta, y el otro árabe miró hacia allí, indiferente. Pero en el acto su boca se abrió, en gesto estupefacto. Inició un gesto, pero la pistola de Casim le apuntó firmemente y el árabe tuvo que comprender. Se quedó inmóvil, como petrificado, mirando a la amable muchacha que tan simpática les había resultado.

Ella se acercó al montón de sacos de piel, se colocó ante el que estaba abierto, y tras deslizar las ampollas de gas por su escote, metió la mano entre las piedras, que relucieron en miles de destellos, a la luz eléctrica.

—Pedruscos —dijo Baby—. Nada más que pedruscos, Ahmed.

Levi Mayer abrió los ojos, alzó la cabeza y miró hacia donde había sonado la voz, que le había llegado como de muy lejos… Respingó fuertemente mientras se ponía en pie de un salto, llevando la mano adonde tenía la pistola…

Plop, chascó la de Casim.

El impacto de la bala volvió a sentar en el sillón a Levi Mayer. Y así se quedó, inmóvil, abierta la boca, desorbitados los ojos…, y con un pequeño agujero oscuro en el centro de la frente. Mientras tanto Baby se había apresurado a apuntar de nuevo a Ahmed, que alzó a toda prisa las manos hacia lo alto de su cabeza.

—Eso está bien —sonrió la divina espía, metiendo dos deditos

en su escote—. No te muevas de aquí, y podrás despertar.

Ahmed no entendió esto, pero, desde luego no se movió. Baby retrocedió hasta la puerta y, desde allí, lanzó la ampolla de gas. Cuando se asomó, segundos después, Ahmed dormía profundamente sobre la alfombra, muy cerca de los dos desdichados asesinados por Levi Mayer.

Y de nuevo miró la espía hacia arriba, hacia las habitaciones. Tranquilamente subió al piso, llegó ante la puerta de la habitación de Angelo Tomasini, y, tras escuchar unos segundos a través de la madera, empujó la puerta. Entró, encendió la luz, y miró hacia la cama.

Daliah Kohenov había lanzado un gritito, y se sentó en la cama, vivamente, mirando deslumbrada hacia la inesperada visita. Su rostro se demudó, quedó lívido.

—¡Santo cielo —exclamó Baby—, así se la ve aún más horrible!

—¿Estás bien? —se interesó Número Uno, sentándose en la cama.

—Sí, sí… Ya he controlado la situación en toda la casa.

—Perfecto. El hombre de Tel Aviv llegará antes del amanecer, supongo, con cuarenta millones de dólares en efectivo.

—¿Me comprarás un regalo? —sonrió Baby.

—Si no me guardas rencor, sí —miró Uno a Daliah.

—No seas tonto… Por el contrario, te compadezco. Y sé que lo que sea, lo has hecho por mí.

—¿Has vengado a tus Simones?

—Cumplidamente. Pero quien dio la orden de pagarles con la muerte, aún está vivo.

—Vendrá; te lo aseguro.

—Entonces, lo esperaremos —sonrió la divina—. ¿Prefieres esperarlo en mi compañía o en la de la bruja?

—Déjame pensarlo —masculló Número Uno.

—Bueno. Mientras lo piensas, tendrías que ayudarme a limpiar y preparar el jardín, para darle la bienvenida al hombre de Tel Aviv: hay que agrupar a unos cuantos tontos y dormirlos para un par de días. ¿Te importará llevarlos a la cocina, por ejemplo?

—Está bien.

—Gracias, mi amor. Eres…

—¡No es tu amor! —estalló de pronto la petrificada Daliah, a la

que aparentemente habían olvidado Uno y Baby—. ¡No lo es, ni podrá serlo nunca más…!

—¡Uno, cuidado…! —gritó Brigitte.

Pero Número Uno estaba ya reaccionando, saltando lejos de la cama, de modo que el doble zarpazo lanzado por Daliah Kohenov ni siquiera llegó a rozarle la espalda. La horrenda vieja lanzó un aullido de bestia enfurecida al caer de bruces en la cama, se incorporó y volvió a gritar, saltando al suelo y abalanzándose contra Número Uno, siempre chillando como enloquecida…

—¡Uno, las uñas…! —recordó Brigitte—. ¡Las uñas! ¡No dejes que te toque siquiera!

Pero Daliah estaba decidida a tocarlo, sin lugar a dudas, y corría hacia él, babeando, tropezando con todo, lanzando zarpazos a diestra y siniestra… Tan sólo con que una de sus uñas llegase a producir un rasguño en la piel de Número Uno, la muerte de éste se realizaría en cuestión de segundos. Sólo un arañazo y…

La gumia de Muslim Akhar salió disparada de la mano de la agente Baby. Hubo un destello, se oyó un sordo choque del acero contra la carne, y Daliah Kohenov se detuvo en seco, a punto de lanzar otro zarpazo contra Número Uno. Emitió un lastimero quejido, se llevó las manos a la espalda, allá donde se había hundido la gumía, y continuó caminando, a trompicones…, en dirección a la ventana. Se dio de cara contra los cristales, destrozándolos, lanzó otro chillido, y desapareció por entre los agudos bordes de los cristales rotos.

Abajo se oyó el choque de su cuerpo contra el suelo, y eso fue todo.

* * *

Baby abrió los ojos y se encontró recostada en el pecho de Número Uno, ambos sentados en la otomana. Sé apartó de él y alzó la mirada hacia sus ojos.

—También yo lo he oído —dijo Uno—: aterrizará en menos de un minuto, seguro.

El rumor del helicóptero estaba ya sobre el jardín De pronto, cesó. Número Uno se puso en pie y salió del salón. Llegó a la puerta, la abrió y vio el helicóptero y al hombre que iba hacia la

casa, procedente del aparato. Todavía debía faltar no menos de una hora para el amanecer.

El hombre llegó ante él, portando Una gran maleta, que parecía muy pesada. Se detuvo y alzó la mirada hacia los ojos del gigante.

—¿Usted es Coleman? —preguntó en inglés.

—Sí.

—¿Dónde está Akhar?

—Vendrá en seguida. ¿No quiere pasar?

Tomó la maleta de manos del hombre, dio la vuelta, y se dirigió al salón. Tras él, oía las pisadas del visitante. Llegaron al salón; Número Uno dejó la maleta en el suelo, y se volvió… Sus cejas se alzaron al ver la pistola en la mano del desconocido, apuntándole.

—¿Algo no va bien? —se sorprendió.

—Quiero ver inmediatamente a Akhar.

—Será mejor que nos sentemos —encogió los hombros Número Uno—: tenemos que charlar un poco, señor…, señor…

—Tel Aviv.

—Oh, sí. Señor Tel Aviv, cierto… ¿Es usted israelita?

—Si Akhar no aparece en cinco segundos, usted va a morir, Coleman… ¿Y los diamantes?

—Los diamantes están en el helicóptero que usted dejó preparado en cierto lugar para que nosotros nos hiciésemos cargo de él. Naturalmente, regresamos en ese helicóptero… ¿No lo ha visto fuera?

—Sí.

—Pues ahí están los diamantes. ¿Puedo ver el dinero?

—No, hasta que yo vea a Akhar y los diamantes… Y ya han pasado los cinco segundos.

—Pues entonces, dispare.

—A su gusto —dijo secamente el visitante.

Pero, apenas había comenzado a alzar la pistola, tras él sonó una deliciosa voz femenina, diciendo:

—En el helicóptero no había nadie más, mi amor.

El visitante, mientras tanto, se volvía hacia la puerta, nerviosísimo, alzando la pistola… Sólo que, tras la última palabra de notificación, la agente Baby apretaba el gatillo de la pistola de Casim, con fría serenidad. El hombre lanzó un chillido, dio un salto, tirando la pistola hacia el techo, y cayó de espaldas al suelo.

Número Uno se puso en pie, impávido, y se acercó a él, mientras Baby se dirigía hacia la maleta, que, tras examinar precavidamente, abrió con toda facilidad…

—Pasaporte inglés —dijo Número Uno—: pero es falso.

La bellísima espía hizo chascar uno de los billetes, tirando de sus extremos y manteniéndolo a contraluz.

—Noticia por noticia —sonrió—: los cuarenta millones también son falsos. La vida es un asco, mi amor.

Un día y medio más tarde, una patrulla israelita llegaba al lugar que se indicaba en la nota recibida por medio de un mendigo, que inmediatamente había desaparecido.

De momento, todo lo que pudieron ver fue el reducido y raquítico bosquecillo, pero, en seguida, el capitán que mandaba, la patrulla señaló hacia allí, sorprendido.

—Hay un helicóptero entre los árboles —exclamó.

Tras las debidas precauciones, la patrulla llegó junto al helicóptero, y el primer soldado en echar un vistazo al interior del aparato, casi se cayó de espaldas al ver su contenido. Comenzó a hablar de diamantes, pero su capitán no lo entendía bien, así que lo apartó y echó él un vistazo.

Su boca se abrió, en formidable gesto de pasmo: ante él, miles de diamantes lanzaban millones de reflejos. Palideció al ver el rostro de un hombre muerto, enterrado en diamantes… Y lanzó una exclamación al reconocer aquellas rígidas facciones:

—¡Coronel…!

—¿Lo conoce usted, capitán? —preguntó el suboficial.

—Sí… Sí, es el coronel Samuel Pean… Pero no…, no comprendo esto. ¡Sáquenlo de aquí!

Salió del helicóptero, y los soldados retiraron de entre los diamantes el cadáver, qué fue depositado a los pies del oficial. El suboficial le tendió un papel.

—Tenía esto prendido en la ropa.

La nota fue desdoblada rápidamente, y, al término de su lectura, el joven capitán estaba lívido como un cadáver.

Decía:

«De este hombre, supongo que es israelita, y sé con toda certeza que fue quien planeó el asalto al Centro de Diamantes, de

Tel Aviv. Como ni el hombre ni los diamantes me sirven de nada, se los devuelvo a ustedes. Sin embargo, me siento obligada a aclarar que ni ustedes ni los árabes me serán simpáticos hasta que terminen de hacer la guerra. Reciban los reproches de

»Baby».

* * *

Lejos de allí, concretamente en Istanbul, y casi a la misma hora, el agente secreto de la MVD rusa, Nikolai Stuchenko, entraba en su domicilio, cansado después de una noche de rutinario trabajo en los muelles, a la caza de cualquier información que pudiera tener algún valor.

Lo primero que vio al entrar en el pequeño apartamento fue la gran maleta, colocada sobre el sillón, plana, descansando en los brazos del cómodo mueble. Lo segundo que hizo Nikolai Stuchenko fue sacar rápidamente su pistola. Lo tercero, convencerse de que no había nadie en el apartamento. Lo cuarto, asegurarse de que aquella maleta no era ninguna trampa, con explosivo o algo parecido. Entonces, hizo la quinta cosa: abrió la maleta.

Y la pistola casi escapó de su mano al ver el contenido: fajos y más fajos de billetes americanos, perfectamente apilados, apretados… Cientos de miles de dólares… ¡Millones de dólares…!

Y un papel doblado encima de tantos millones. Nikolai lo tomó, lo desdobló, y leyó el mensaje, escrito en ruso:

«O fueron los árabes, o fueron los rusos, o fueron ambos. De momento, sin embargo, Israel seguirá aguantando, porque considero que todo el mundo tiene derecho a tener patria. En cuanto a estos billetes, camaradas, francamente, ¡son una chapuza! Si aprenden a imprimirlos mejor, no dejen de enviar unos cuantos a la Central de la CIA, a nombre de su segura servidora,

Baby».

«Posdata: El traidor de Tel Aviv y los diamantes han vuelto a Tel Aviv. Saludos».

Este es el final

—Desde luego —dijo Brigitte—, o fueron los árabes o fueron, los rusos. Aunque, personalmente, considero que los rusos están mucho mejor preparados que los árabes para poner en marcha una operación de esa envergadura. ¿Tú qué opinas, mi amor?

Número Uno alzó la cabeza y se quedó mirando a Baby como si no la viese. Exactamente cómo si ella no estuviese allí… Lo cual, sin duda alguna, dejó no poco mosqueada a la divina espía.

—¿Qué? —preguntó Uno.

El ceño de Brigitte se frunció. Llevaba algunos minutos exponiendo sus pensamientos al único hombre del mundo que era capaz de asimilarlos. Estaban solos en el gran salón con chimenea de Villa Tartaruga, el refugio del sin par Número Uno. Crujía el fuego, el silencio era total, el ambiente grato, dulce… Éll estaba sentado en un sillón, escribiendo algo en un bloc. Ella, a sus pies, acurrucada en la alfombra.

—Nada… —refunfuñó—. No decía nada. Estás tan sordo como esa vieja bruja a la que maté.

—No la mataste… En realidad, murió al romperse el cuello debido a la caída.

—Oh… Bueno, eso no le habría pasado si hubiese sido una mariposa, como yo.

FIN